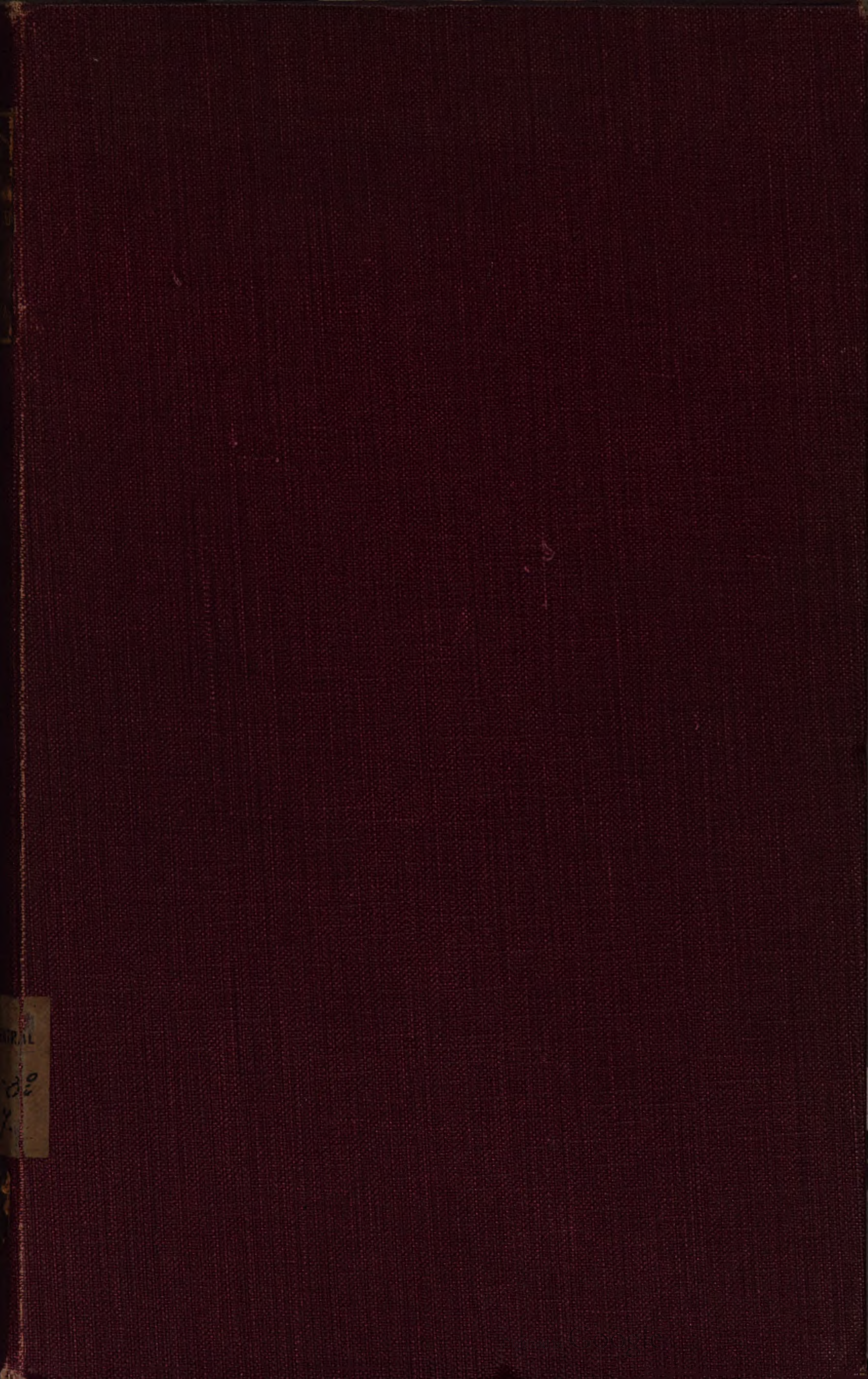






LA REVOLUCION EN ESPAÑA

CON LA HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS DE ENERO Y JUNIO DE 1866
Y LA DEL ULTIMO MES DE AGOSTO DE 1867

POR

D. EUGENIO GARCIA RUIZ
Ex-diputado y director del diario democrático *El Pueblo*

En Paris....................	1 fr. 50 c.
En España..................	6 reales.
En América.................	10 reales.

PARIS
IMPRENTA GENERAL DE CH. LAHURE
9, CALLE DE FLEURUS, 9

Octubre de 1867



LA REVOLUCION

EN ESPAÑA

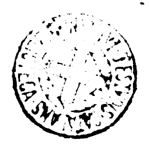
CON LA HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS DE ENERO Y JUNIO DE 1866 Y EL DEL MES DE AGOSTO ULTIMO

POR

D. EUGENIO GARCIA RUIZ,

Ex-diputado y director del diario democrático « *El Pueblo.* »

Paris, octubre, 1867.



PARIS

IMPRENTA DE CH. LAHURE

9, calle de Fleurus, 9

1867

In historia illustri nihil est brevitate dulcilius (Cicero).

PREFACIO

Me propongo describir breve y sencillamente los acontecimientos políticos ocurridos en mi patria desde que los partidos liberales se retiraron de las urnas, con inclusion del movimiento revolucionario durante el último mes de agosto.

Testigo presencial de algunos sucesos, exacto conocedor de los restantes y amante de la verdad, que guia como ha guiado siempre mi pluma, necesariamente he de reseñarlos con entera conciencia.

Muchos esperan este trabajo, algunos le temen, otros por fin le consideran hoy poco oportuno precisamente por saber que he de decir la verdad, pero la verdad entera y en todo. Yo le juzgo absolutamente necesario, y lo necesario es útil y justo siempre, porque haciéndose con ello la luz se ven los hechos y cada uno queda en el lugar que le corresponde.

Los amantes de la libertad, entre los cuales me cuento, que despues de incesantes trabajos y multiplicadas combinaciones han dado impulso al último movimiento revolucionario abortado puede decirse en el instante mismo de nacer, deben á la España perturbada y atónita al presente la razon de su conducta; tienen el derecho de explicar las causas que por tantas veces les han impulsado á ir al terreno de la fuerza, y necesitan

por último demostrar á la culta Europa, que tantas simpatías les manifestó durante la postrera brevísima lucha, que tenian razon y motivo para acometer la empresa que ha desgraciadamente fracasado. Y si este es el trabajo que yo me propongo hacer ¿cómo ha de ser inoportuno? Preciso seria para sostener esto declarar inoportuna la historia, y este *espejo de la vida* solamente puede ser inoportuno para el que no quiera mirarse en él, ni quiera que otros se miren.

LA REVOLUCION

EN ESPAÑA.

I

Ojeada sobre el retraimiento. — Diferentes conatos de revolucion y sucesos de enero y junio de 1866.

El partido liberal español ha sufrido otra derrota, grande pero no irreparable, inmensa pero no definitiva. Nunca, á no ser en el dia de la desgracia, debe recordarse la máxima inconcusa de que la *libertad es inmortal:* el hacerlo cuando se ve á esta triunfante y gloriosa es solo propio de los espíritus superficiales, tan apocados y débiles en la adversidad como fuertes y animosos en la bonanza. Dueña de la desventurada España la exígua fraccion de políticos que, torturando la libertad, tuvo á bien apellidarse *partido de la union liberal,* comenzó en 1858 aquella época de triste recordacion en que, perseguida la imprenta con innumerables causas y enormísimas multas; presos, desterrados y conducidos ante tribunales militares, hasta por

escritos que no eran suyos, los publicistas independientes; proscrita la justicia de una gran parte de los tribunales ordinarios por el influjo avasallador del gobierno, pisoteadas las leyes por el mas escandaloso favoritismo; triunfante la desmoralizacion administrativa á causa del nepotismo mas irritante; exhausto el tesoro por empresas tan insensatas como las de Africa y Santo Domingo; esterilizados los heróicos esfuerzos de nuestros valientes soldados en esas mismas empresas por la primordial causa de los males de España, la intolerancia religiosa; entregado el sufragio al privilegio del dinero, y convertidos á pesar de esto los comicios en un vil mercado á merced del poder centralizador y por lo tanto omnipotente, llegó el caso de que los partidos liberales, irritados de ver tantas maldades, tomaran la gravísima determinacion de retirarse de la vida pública, dejando á sus enemigos y opresores que se revolviesen en el inmenso lodazal creado por sus ruines pasiones y sus bastardas y antipatrióticas miras.

Objeto de una especie de servidumbre, tanto mas repugnante cuanto que era hipócrita, los partidos liberales, al adoptar el retraimiento de la vida pública, obedecieron al mas noble de los sentimientos que se encuentra en el corazon del hombre: el de la propia dignidad. El déspota brutal que usurpa y reasume en su persona los derechos de

un pueblo, no le lastima tanto en su dignidad como el hipócrita tirano que le invita al ejercicio de su voluntad para inutilizar esta en el acto mismo de su manifestacion: el primero tiraniza, el segundo tiraniza y escarnece.

Tiranizados y escarnecidos se consideraron los partidos liberales cuando acudieron al recurso extremo del retraimiento, que abria ancha brecha en el edificio monárquico constitucional, y colocaba en una situacion antilegal y revolucionaria en el sentido de la fuerza á los partidos que le adoptaban para perjuicio propio, de la parcialidad política que por tales sendas les lanzaba con su criminal conducta y de la misma monarquía, que, por mas que antes lo fuera tácitamente, quedaba desde este instante declarada *ipso facto*, jefe del bando reaccionario, en vez de ser por la esencia misma de su institucion el amparo de todos los partidos dentro de la legalidad existente, el símbolo de paz y concordia entre ellos y la tumba de todas las ambiciones. El retraimiento fué el grito de guerra lanzado por los oprimidos contra los opresores, y no hay que extrañar por lo tanto que desde el instante mismo en que se adoptó resonára por do quiera la palabra REVOLUCION, de que, en verdad sea dicho, se ha abusado extraordinariamente en España, por los oprimidos para causar miedo, sin tener cuenta de sus fuerzas, á los opresores; por estos para

cohonestar, fija la vista en el presente mezquino y sin gloria, sus tropelías y desafueros.

¿Duda alguien que el retraimiento fué perjudicial á todos? Por lo que respecta á los partidos liberales, dígalo el triste estado en que hoy se encuentran: la union liberal, que dió márgen á él, espía actualmente en medio de terribles amarguras su insensata política; despues de inmolar víctimas sin fin sobre los altares de su ídolo, no solo se encuentra á su vez retraida, sino que se ve proscrita y despreciada: el partido moderado histórico siente en su derredor la funesta túnica de Deyanira que le tiende el pérfido neo-catolicismo; y en cuanto á la dinastía..... ¡ah! para la dinastía, ó al menos para la persona que hoy la representa, por mas que se crea segura á causa de haber abortado el último acontecimiento revolucionario, han llegado las cosas á un extremo tal que sonó ya la hora de que se escriban sobre las paredes del salon mas suntuoso de su soberbio alcázar las fatídicas palabras del festin de Baltasar: *Mane, Thekel, Fhares.* No pregunteis por los nombres de los revolucionarios encargados de traducir al terreno de los hechos el significado de esas TRES palabras, porque acaso no haya esos revolucionarios; pero de seguro hay un grande é invisible revolucionario, ese revolucionario pujante, infatigable, magnífico, omnipotente para remover y pulverizar lo que impide el pro-

greso de la humanidad, ese demoledor constante y poderoso que demuele siempre todo lo que demolerse debe y que se llama el TIEMPO.

Colocados los partidos liberales en la situacion que dejamos explicada, como consecuencia lógica de ello y en la idea de destruir al comun enemigo, surgió la union que, aun cuando combatida por algunas brillantes individualidades del democrático y defendida por otras, vino al fin á ser un hecho acatado y casi diríamos aplaudido por todos. Cuando uno se lanza en medio de la corriente y se ve arrastrado por ella, ¿pregunta á otro, que yendo á su lado y amenazado de idéntico peligro le propone un recíproco apoyo, si es mas ó menos amigo suyo, mas ó menos prudente, mas ó menos sabio? Se abraza á él ciegamente y juntos procuran salvar la vida ganando la opuesta orilla, sin cuidarse del camino que cada uno haya de recorrer despues.

La idea de la union, sobre ser lógica, dado el retraimiento, no podia menos de adoptarse, porque con ella adquiria este mas importancia. ¿Pero acertaban los dos partidos, el democrático y el progresista, al considerar salvadora la medida del retraimiento? La experiencia mas dolorosa nos ha demostrado que no. Tenian razon para acudir á esa medida, pero al adoptarla habian medido mal sus fuerzas: se creian gigantes y apenas eran hombres:

aquí estuvo el error; la tribuna hubiera sido mas poderosa que el retraimiento para hacer la revolucion.

Los partidos populares, y mas en la impresionable España, se dejan arrastrar en alas de su ardiente imaginacion, conmovida por cualquier charlatan, á las empresas mas temerarias: se les habló con énfasis del poder incontrastable del pueblo, que en efecto es grande cuando todo él se decide po una causa; se les pintó el aislamiento de la córte y de los otros partidos como la señal infalible de su muerte, y esto bastó para hacerles *retirar al Aventino*, segun entonces tan general como neciamente se decia. ¡ *Retirarse al Aventino* ! ¡ Palabras huecas y sonorosas de qué se paga mucho el pueblo español sin descender á apreciar su valor intrínseco ! ¡ Ay de él, si no conoce luego, para despreciarlos, á los necios y farsantes que le regalan con ellas los oidos ! Llorará aun lágrimas de sangre antes de ver asegurada la hermosa libertad.

Al retirarse al Aventino, ¿llevaban consigo, cual llevaron los romanos para hacer transigir á los insolentes patricios sus lares y penates, sus hijos y sus esposas, su industria y sus grandes ó pequeños capitales ? *Los retirados en el Aventino sin salir de la ciudad* abandonaron pura y simplemente las urnas, obrando en ello, es cierto, con plena dignidad, pero perdiendo, sin compensacion, algunas de

sus fuerzas mas vitales; y al colocarse enfrente del poder público, no solo lo hicieron inermes ó poco menos, sino que dejaron á ese mismo poder sus fortunas, ó sea el impuesto; es decir, los medios de reducirlos á la impotencia cuando acudiesen al terreno de la fuerza. ¿Cómo podia asustar el Aventino ese al patriciado español hasta el punto de obligarle á transigir? ¿Y cómo habia de dar á los en él colocados el fruto apetecido, si empezaban por dejar en poder de sus enemigos, entre otras, la mejor arma con que estos podian herirlos, la contribucion? El retraimiento, pues, fecundo en consecuencias que se están tocando y se tocarán aun mas de cerca, no produjo ni podia producir el resultado práctico en que soñaron sus autores. Bien pronto iba á demostrar esto una larga y dolorosa experiencia.

Inténtase por el partido de accion la empresa que lleva el nombre de la *Montaña del Príncipe Pio* en el verano de 1864, que es ahogada antes de nacer. El general Prim es desterrado por ella á las Asturias. Los partidos liberales, ó sea el pueblo, siguen retirados en el Aventino.

El 29 de abril de 1865, á la raiz de la espantosa carnecería del 10, debió tener lugar el alzamiento de Valencia con su guarnicion, para donde salió el general Prim; el de la Mancha con tres ó cuatro regimientos de caballería, á donde fué el general

Latorre, y tambien el de Zaragoza, á donde fueron el Sr. Rivero y el que esto escribe. El alzamiento no tuvo lugar. El pueblo siguió retirado en el Aventino.

El 2 de junio siguiente se acerca el general Prim desde Francia á la puertas mismas de Pamplona, que debió sublevarse con la ciudadela y la mayor parte de la guarnicion. Pamplona permanece tranquila y el pueblo sigue retirado en el Aventino.

El 10 de junio siguiente, esto es, á los ocho dias justos, el general Prim, atravesando el Mediodía de la Francia, se embarca en Marsella y llega á las aguas de Valencia; penetra en esta ciudad, en donde se encuentra sus mejores amigos de Madrid, quienes le aseguran de palabra lo que ya le han dicho por escrito, esto es, que toda la guarnicion, á la cual secundará el pueblo, está dispuesta á sublevarse si él se pone á su frente: todo está ya dispuesto; las tropas puede decirse que en órden de batalla; el éxito parece asegurado de antemano; pero en el instante mismo de empezar es preso el coronel Alemany, titubean los otros jefes comprometidos, el paisanaje no se mueve, y el general Prim, abandonado de todos, logra salir en medio de terribles peligros de la ciudad y ganar á los tres dias en una triste barca pescadora el suelo berberisco. El pueblo sigue retirado en el Aventino, esperando que el hado le vuelva á la ciudad, y la union liberal

sustituye caprichosamente en el poder al partido moderado histórico.

Cuatro palabras sobre la intentona del 29 de abril de 1865.

El 10 de abril anterior es sin disputa el dia mas aciago que registran los anales de España en todo el presente siglo: lo que en él sucedió no es de esta época ni parece creible que haya sucedido en un pueblo civilizado : la escena es solo digna de una tribu de hotentotes ó caníbales. A consecuencia de unas silbas que por la mudanza del rector de la Universidad central dieron los estudiantes en la tarde del citado dia 10 á los guardias civiles veteranos, encargados de conservar el órden en la córte, lánzanse estos sable en mano sobre los grupos, que se deshacen y se vuelven á rehacer como por encanto en las calles inmediatas á la Puerta del Sol, manejando su terrible arma, el pito: se aumenta con esto la indignacion de los guardias; imprudentes autoridades exaltan mas y mas su creciente furor, y al ver que las silbas continúan, les dan órden ya á la puesta del sol de hacer descargas de fusilería sobre los silbantes, que al sentir el fuego huyen en todas direcciones para no volverse á reunir : alguno que otro silbido se oye ya solamente, pero á larga distancia de la fuerza armada: en esto los guardias en número de unos 1,000, la mayor parte de infantería, dan principio á la escena mas

espantosa y desoladora que imaginarse pueda: Madrid en sus céntricas y hermosas calles ofrece la viva imágen de un país entregado al degüello por un enemigo extranjero y bárbaro: mientras que los guardias de infantería hacen contínuos disparos de fusil sobre todo ser viviente, que les parece sospechoso, y para ellos lo es todo transeunte, los de caballería cargan sable en mano contra hombres y mujeres, niños y ancianos, que se retiran despavoridos á sus casas, y en su inocencia y debilidad demandan, generalmente en vano, con acento desgarrador que se apiaden de ellos: muchos de estos seres son atropellados por los caballos, otros reciben sablazos hasta en el acto mismo de estar llamando á las puertas de sus moradas; un empleado del ministerio de la Gobernacion cae muerto de un balazo en la calle de Sevilla; otros fieles servidores del Estado son heridos de bala ó espada; una señora que estaba asomada en su balcon, calle de Carretas, recibe otro balazo que la deja muerta instantáneamente; un caballero que desde otro balcon demanda piedad para unos transeuntes pacíficos muere de otro balazo; un anciano cae aquí y es ayudado á levantarse por un guardia que le despide compasivo; un jóven cae allá y al levantarse recibe un culatazo de otro guardia estúpido y salvaje; una mujer rueda por este lado, un niño por el otro, y todo ello ofrece un campo de desolacion difícil de

describir, una escena de carnecería, imposible de ser pintada con toda fidelidad, porque la dan un velo lúgubre las sombras de la noche: las gentes que se encuentran en los cafés de las calles mas céntricas no pueden salir en busca de sus familias desoladas y llenas de terrible ansiedad, porque las balas silban por todas partes y los sables resplandecen á lo lejos á la luz del gas hasta que, convencidos los valientes veteranos de que ya no tienen enemigos á quienes combatir, cesan en su triple tarea de degüello, apaleo y matanza para retirarse satisfechos á celebrar su triunfo.

El inmenso grito de horror que esta sangrienta salvajada produjo en Madrid, se repitió en toda España, y nunca pueblo alguno del mundo se encontró en mejores condiciones que el español para hacer una revolucion, porque en aquellos dias hubieran ayudado á realizarla hasta los partidarios de la córte y amigos íntimos del ministerio, entre los cuales se encontraron algunos muertos y no pocos heridos ó apaleados por los veteranos. Sin embargo (parece mentira) el 29 de abril, esto es, diez y nueve dias despues de la espantosa escena, se escogió á Valencia, la Mancha y Zaragoza para comenzar la revolucion, y esta no llegó á estallar!!! ¿Quereis saber la causa de este que puede llamarse fenómeno social? ¡La tribuna no estaba ocupada por ningun liberal! Un unionista, creyendo haber

dicho mucho contra los *instrumentos* de la horrible matanza, se contentó con llamarlos *miserables*. ¡ Energía asombrosa ! Ese diputado debió limitarse á calificarlos de *desgraciados*. La prudencia debe llevarse en los grandes acontecimientos hasta los últimos límites, y ya puede decirse que aquí estaba en el medio, puesto que no tuvo una sola palabra dura contra los principales actores. Un senador unionista y general tuvo por conveniente dar unas muy lindas lecciones al ministro general sobre el modo de deshacer los grupos de silbantes sin derramar mucha sangre, *á no ser en caso extremo*. Dejemos á estos diputados, ministros y generales, y vengamos á la cuestion. ¡ Qué efecto mágico no hubieran producido cuatro ó seis valientes discursos de otros tantos diputados liberales contra los bárbaros asesinatos del 10 de abril y la manera impía y salvaje de tratar al pueblo laborioso, pacífico é inerme de Madrid ! Verdaderamente que estará falto de entendimiento quien no comprenda que solo con esos discursos, dada la situacion de la España que asemejaba á la de un volcan en vísperas de vomitar torrentes de lava, no se hubiera hecho entonces la revolucion con la rapidez del relámpago.

Seguia, pues, el pueblo retirado en el Aventino, esperando sin duda descender de él en ocasion mas propicia, cuando el general Prim se la proporcionó

levantando bandera el 3 de enero de 1866 en Villarejo, provincia de Madrid, á donde se le unieron los dos regimientos de caballería de Bailen y Calatrava, que estaban acantonados en Ocaña y Aranjuez, fuertes ambos de 700 caballos, mandados por los comandantes Bastos y Terrones. Debieron seguir al vencedor de los Castillejos otras fuerzas militares acantonadas en Alcalá y en los alrededores de Madrid, segun sus compromisos; pero faltaron á estos fuese voluntariamente ó por falta de direccion, tan necesaria en todo, como desatendida ó mal impulsada en todos estos movimientos revolucionarios. El general Prim, perseguido por diferentes columnas, no abandonó en diez ó doce dias los alrededores de la corte á la mira de que esta le secundase : recorrió parte de la Mancha, y amenazó penetrar en el corazon de Andalucía : atravesando despues los escarpados montes de Toledo, se presentó cerca de Talavera; volvió otra vez á la izquierda; cruzó el gran valle del Guadiana y este rio por entre Don Benito y Villanueva de la Serena; se dirigió á Fregenal de la Sierra, no lejos de las provincias de Sevilla y Huelva, cada dia mas acosado por las fuerzas del gobierno; y viendo que nadie le secundaba, se entró en Portugal sin haber perdido un solo hombre á los 22 dias de su alzamiento en Villarejos.

¡Y el pueblo siguió retirado en el Aventino! ¡Y la

España entera vió impasible la bandera de la revolucion levantada, sin pensar siquiera en salir á sostenerla en parte alguna! Unicamente lo intentó Madrid por medio de algunos patriotas y la escasa guarnicion de Alcalá de Henares por conducto del desgraciado capitan Espinosa : los patriotas de Madrid fueron engañados y vendidos, tocándole una gran parte en la desgracia á la redaccion de *El Pueblo*, en donde se hicieron 18 ó 20 prisiones la noche del 8 al 9, á causa de haber faltado á la palabra empeñada no pocos jefes de diferentes cuerpos de la guarnicion, y el primero un comandante del regimiento de Isabel II, que no sabemos cómo dará cuenta de su conducta á los hombres sérios, á quienes repetida y formalmente garantizó la sublevacion de dicho regimiento, de la cual dependia la de otros varios.

Mientras Prim tuvo enhiesta su bandera, nadie decia una palabra; todo marchaba regularmente, esperando de él y de sus 700 ginetes la redencion de la patria ; pero desde el instante mismo en que ganó la frontera portuguesa, empezó esa série obligada de recriminaciones, de lindos planes, de cálculos lisongeros y de profecías *á posteriori*, que generalmente acompaña á todos los desastres y á todas las catástrofes.

Nadie le ha seguido, porque nadie sabia á dónde iba: su bandera no tenia lema, y por esto el pueblo perma-

neció con los brazos cruzados. ¿La tenia por ventura en 1854 el general O'Donnell, que inició un *movimiento militar*, el cual concluyó por una *revolucion*? ¿Debia el pueblo, caso de abrigar duda contra el general Prim, olvidar este ejemplo tan próximo y elocuente? ¿No se habia dicho y se dice hoy en todos los tonos á todas horas y por todos los patriotas, « lo que queremos es que se lance al campo el mismo Cabrera para aprovecharnos de su movimiento? » ¿No sabia de antemano que siempre habia de ganar y nunca perder con la revolucion?

« *A nadie se avisó con anticipacion, ni á Zaragoza, ni á Valencia, ni á Barcelona ni á ninguna ciudad importante.* ¿CÓMO LE HABIA DE SEGUIR EL PUEBLO? » ¡Avisar á un pueblo que está retirado desde dos años atrás en el Aventino!!! ¿Pues qué significaba el retraimiento desde el instante mismo en que fué adoptado sino que la revolucion armada? ¿Pues no se decia esto á todas horas y momentos por los periódicos liberales? ¡Que no fué avisado el pueblo al salir Prim á campaña! ¡Ah, farsantes, que habeis hecho retirar á ese pueblo al Aventino y luego no contribuís con nada á que descienda de él para reconquistar sus derechos! No sois dignos ni aun de que se os conteste, porque todo lo que no sea trataros con el mas soberano desprecio es y será altamente funesto, altamente perjudicial á la causa de la libertad.

El desgraciado suceso de enero costó la vida al capitan Espinosa y á dos sargentos del batallon de Figueras; llevó á la emigracion á mas de 1000 patriotas, al presidio á tres de los sorprendidos en la redaccion de *El Pueblo*, y al destierro y casi á su ruina y á la de su familia al que esto escribe, quien tuvo ademas el dolor de perder á su anciano padre, sin poder ir á verle y recoger su último suspiro.

Tenian nuestros padres en la titánica guerra contra Napoleon un general reconocido hasta por este como invencible; el general *no importa*. Piérdese la batalla de Rioseco; *no importa;* piérdese la batalla de Ocaña, *no importa;* pierde Blake dos ó tres ejércitos en el Mediodía; *no importa*. Contra este general de nada podia servir, como de nada sirvió, el general Bonaparte con su gran génio y su esplendente gloria militar. Los liberales españoles nemigos de farsas (porque desgraciadamente los hay muy amigos de ellas) tenemos ese mismo general y él nos conducirá á la victoria directa ó indirectamente. Tras del suceso de enero del 66 viene el del 22 de junio del mismo añó. El árbol de la libertad española no deja de ser regado con sangre preciosa. ¡Maldicion sobre el culpante de que tanta y tan inútilmente se derrame!

Bajo la mediata direccion del mismo general Prim tuvieron lugar los acontecimientos del 22 de junio, los mas sérios y terribles que, tratándose

de discordias civiles, ha presenciado la España. Madrid debia levantarse pujante, y si no hubieran faltado villanamente á sus compromisos algunos militares y cobardemente á las órdenes recibidas algunos paisanos, la revolucion hubiese alcanzado en solas dos horas un éxito completo: aun á pesar de eso se hubiera conseguido, á no sobrevenir el inesperado accidente de que haremos luego mencion. El general Pierrad, que desterrado en Soria, se presentó de incógnito en Madrid, fué el encargado de dirigir aquí la batalla: el general Prim debia entrar por Irun y San Sebastian, y el brigadier Milans del Bosch por Cataluña. En este último punto el regimiento infantería de Bailen cumplió su compromiso levantándose en Gerona en favor de la libertad, merced al arrojo de una docena de sus oficiales y á la clase de sargentos; pero el general Prim no hizo nada en Guipúzcoa, porque un militar de alta graduacion que mandó delante de sí, no supo, por no atreverse ó por otras causas, obedecer sus órdenes de irse sobre San Sebastian, que debia sublevarse, y se quedó en la misma frontera francesa.

En Madrid debia empezar el movimiento por los regimientos de artillería de plaza y rodada, acuartelados en San Gil, y apoyados por el paisanaje que deberia proveerse de armas en el parque inmediato á dicho cuartel, y por cuatro batallones de infante-

ría, dos del Príncipe y otros dos de Asturias, acuartelados en la próxima montaña del Príncipe Pio, irse en derechura sobre el Principal, punto céntrico de Madrid y asiento del ministerio de la Gobernacion y de la direccion de Telégrafos, y secundados á la vez por la artillería rodada que ocupaba el cuartel próximo á la columna del *Dos de Mayo*, instalar inmediatamente en dicho ministerio el gobierno provisional, que seria sometido á la aprobacion del pueblo. La operacion parecia infalible y hacedera en brevísimo tiempo segun todos los cálculos humanos, porque sorprendido el gobierno de la manera mas lastimosa para él, privado totalmente de artillería, sublevado el pueblo capaz de tomar las armas, pronunciados cuatro batallones de infantería, comprometidos casi en su totatalidad por las clases y algunos oficiales á sublevarse los dos de Búrgos, acuartelados en el edificio de San Mateo; y por último, minados poco mas ó menos los restantes cuerpos de la guarnicion, no le quedaban ya al poder público defensores bastantes á salvar la dinastía, cuya última hora parecia haber sonado.

Los planes mas bien combinados suelen fracasar por las mas livianas causas. Así sucedió con el formidable acontecimiento revolucionario de 22 de junio de 1866. Un pistoletazo de un oficial de artillería, que pagó su temeridad con la vida, puede decirse que hirió á la revolucion en el corazon. El

capitan recien retirado de artillería D. Baltasar Hidalgo, que contribuyó mas que ninguno á comprometer toda la fuerza del arma estacionada en Madrid, habia dado órden á los sargentos de entrar en el cuarto de banderas, donde el coronel Sr. Puig pasaba las noches con frecuencia en union de sus oficiales jugando al tresillo, é intimándoles la órden de rendirse, dejarles en clase de presos *sin maltratar á ninguno ni menos quitarles las vidas*; debian en seguida los sargentos dar el grito de *¡ libertad!* sacar los cañones á la plaza de San Gil y apoyados por los dos batallones del 6º y uno del 5º de artillería de plaza y por los regimientos de Asturias y del Príncipe, cuyas clases en union de algunos oficiales debian bajarles, conducir de este modo puede decirse que en triunfo las veintiocho piezas que habia útiles y á su frente el regimiento de á caballo hácia la Puerta del Sol, á donde por el opuesto lado deberian venir las doce piezas del cuartel del Dos de Mayo. Bastaba toda esta fuerza para instalarse el gobierno provisional, lo que se juzgó hacedero para antes de las ocho de la mañana; y como el ministerio deberia encontrarse por la combinacion indicada sin una pieza de artillería, con otros batallones sublevados y con el pueblo armado por ser dueño del parque de San Gil, en donde habia muchos miles de carabinas Minié, tan pronto hubiera sido recibir la noticia del

alzamiento como ceriorarse de que la faz de la España habia variado completamente. Para que mejor saliese la operacion se habia dado órden á varios paisanos de hacer presos en sus respectivas moradas á varios generales adictos á la union liberal, como Serrano, los Conchas, etc.; pero en ninguna parte se cumplimentó tal órden, eso que en todas se pudo llevar á cabo sin ningun peligro. ¡Mas qué solucion tan inesperada á causa del tiro del capitan Torreblanca! Comenzaba ya á esclarecer cuando uno de los sargentos se presenta con la carabina á la cara delante de la descuidada oficialidad y la intima la órden de rendirse: mientras el sargento tiene fija la vista en el desventurado coronel, porque contestaba á su intimacion con algunas observaciones, él capitan Torreblanca, que tenia pendiente de su cinturon el rewolver, le saca de soslayo y le dispara sobre el sargento. El tiro fué la señal de alarma: los diez ó doce sargentos que esperaban en la habitacion inmediata, créyendose perdidos al sentir la detonacion, se arrojan ciegos de furor sobre sus jefes disparándoles sus carabinas. ¡Horror! Quedan tendidos sobre el pavimento, bañándose en su sangre, el infeliz coronel y cuatro ó cinco mas entre jefes y oficiales, siendo el primero el capitan Torreblanca; dos ó tres logran salir del horrible sitio como de milagro; estos que escapan y algunos otros oficiales que no se halla-

ban en el cuarto de banderas, arengan á parte de la tropa para que permanezca fiel al gobierno, pero son víctimas de su celo; surge de todo esto una confusion inmensa y aun alguna lucha en el interior del cuartel; los batallones comprometidos de la Montaña, al ver que no sale la artillería á la plaza de San Gil de la manera que se les habia dicho que saldria, *al ver que no se va en triunfo al Principal*, titubean un poco y dan con esto lugar á que el coronel del Príncipe les arengue, y, si se exceptúa una compañía que bajó en medio de los mayores riesgos á unirse á los sublevados, se vuelven contra estos haciéndoles desde la altura un fuego espantoso. Ni los sargentos, ni Hidalgo, ni Pierrad pueden hacer que salgan en órden ni las veintiocho piezas ni los tres batallones de plaza; piérdese en esta operacion un tiempo el mas precioso; van en esto emisarios llenos de espanto á avisar al gobierno, quien, merced á tanto contratiempo como experimenta la naciente revolucion, recobra paulatinamente el aliento; empieza á dar disposiciones, y con ellas logra que se le conserven fieles los demas cuerpos de la guarnicion; refuerza el real palacio y mas el Principal, cuya toma por los sublevados hubiera sin duda alguna proporcionado á estos la victoria, y desde este momento puede contar con seguridad que la revolucion nace con poca vida, porque nace horriblemente desordenada. La

artillería del cuartel del Dos de Mayo olvida sus compromisos y se vuelve contra la otra artillería sublevada; el regimiento de Burgos no da ni un hombre á la revolucion; jefes y oficiales de otros cuerpos comprometidos no corresponden á sus palabras, y aunque al fin lograron despues de un combate horroroso salir del cuartel y recorrer las calles de Madrid hasta la Puerta del Sol las veintiocho piezas de San Gil y la mayor parte de los tres batallones de plaza, ya no fué sino que en espantoso desórden y para sostener con desesperado valor hasta las tres ó las cuatro de la tarde, y desgraciadamente sin concierto y sin verdaderos jefes, una lucha horrible que costó á las fuerzas del gobierno al pié de QUINIENTAS bajas entre muertos y heridos, y al pueblo y tropa sublevada lo menos DOSCIENTAS.

A todo esto Prim no creia aun perdida la revolucion: desesperado de ver que la batalla de Madrid se habia perdido y que por la parte del territorio vascongado no puede él hacer nada por la razon ya dicha, sale el 23 para Perpiñan. ¡Aun puede ponerse al frente de los dos batallones de infantería de Bailen que, sublevados en favor de la libertad, vienen por las vertientes del Pirineo bajo la direccion de su teniente mas antiguo el bravo D. Juan Barrios! Pero ¡oh desgracia! El brigadier Milans, que debia ponerse al frente de dicho regimiento

no habia acertado á encontrarle por culpa de un guia, y cuando Prim se acerca á la misma frontera, el regimiento, hostigado por triplicadas fuerzas, entra en territorio francés, y deponiendo las armas, es destinado á los depósitos de Metz y de Besanzon en nuestras antiguas provincias de la Lorena y del Franco Condado, limítrofes á la Alemania.

La dinastía quedaba á salvo por entonces, y el gobierno presidido por O'Donnell satisfecho y ciego de soberbia por su triunfo. Este le habia comprado bien caro, eso que para cada batallon que permaneció fiel tenia dos ó tres generales, y era preciso hacer pagar á los vencidos todavía mas cara su heróica y desesperada resistencia.

A los tres dias del triunfo, esto es, el 25 de junio, caian en las afueras de la puerta de Alcalá, bajo repetidas descargas de fusilería, VEINTIUN JÓVENES SARGENTOS, y caian á un mismo tiempo, formando una fila de cadáveres sobre el suelo convertido en un lago de sangre.

El 27 caian asimismo envueltos en su propia sangre, y tambien á un tiempo, ¡DIEZ Y NUEVE!

A los pocos dias otros TRECE!

A los pocos dias.... el número de víctimas llegaba á SESENTA Y SEIS!!!

¡SESENTA Y SEIS JÓVENES robustos, sacrificados sin NECESIDAD, en la flor de su vida, á la faz de la Europa y en el año 1866!!!

En aquellos dias de horrible recordacion todas las almas gemian, todos los ojos daban lágrimas amargas, todos los corazones latian con dificultadmente por causa de tantas víctimas inmoladas impía é inmerecidamente. Tan solo un corazon se conservaba seco y tranquilo: era el del feroz O'Donnell, presidente del Consejo de ministros. La sangre de ese hombre era y es irlandesa. Por esto la Europa, aunque horrorizada, no extrañaba tanto su crueldad, y por esto precisamente los hombres sensatos del partido liberal extrañan la conducta de algunas personas que las lleva, no por otra pasion que por la mezquina del odio personal, á soñar en alianzas que horrorizán y causan asco.

No se contentó con esto O'Donnell: á los pocos dias, y sin embargo de tener declarada la nacion en estado de sitio, obtuvo del servilismo cobarde de los Cuerpos Colegisladores la suspension de las garantías constitucionales, con cuya medida y con el funcionamiento de los consejos de guerra, que decretaron penas de muerte en garrote vil contra escritores distinguidos, jurisconsultos y políticos importantes, en general inocentes, logró poblar las cárceles, los presidios y las islas de Ultramar de infelices que aun lloran su desventurada é inmerecida suerte, y que todo liberal, no creyéndose seguro en el suelo que le vió nacer, se refugiase,

arrostrando mil peligros é incomodidades, en el suelo extranjero, en donde vive hoy pero arruinándose, en donde respira actualmente libre pero entristecido y suspirando por sus lares, su familia y sus mas caros y legítimos intereses.

La corte pagó bien á O'Donnell sus servicios de todas clases, despidiéndole como se despide á un lacayo á los veinte dias justos de comprometerla y salvarla : el partido liberal (ó ha de faltar si no la justicia de Dios) deberá pagarle tambien en su dia magníficamente.

¿Y qué hacia, mientras se batian unos 2000 paisanos y los militares sublevados de Madrid, el pueblo de toda España retirado en el Aventino? ¿Qué hacia al ver que el bravo y patriota teniente Barrios, secundado por una docena de oficiales, tan valientes y patriotas como él, llevaba todo un regimiento de infantería al campo del honor y de la libertad? ¿No habia visto tampoco el lema de la revolucion de Madrid? ¿No habia recibido tampoco el aviso para secundar? ¡Ah! Contemplaba tranquilo, ó poco menos, como contempla el viajero desde un puente seguro el curso tempestuoso de un rio en creciente, los sucesos revolucionarios que le anunciaba el telégrafo ; comentaba despues estos á su manera y á su gusto, y esperando que bajase del cielo el ángel salvador cual le esperaban los griegos del tiempo del sultan Muhammet Kant el *Faty*, en vez de ayu-

dar á su heróico emperador Constantino Dragoses, no descendia del Aventino y en su terrible actitud, respiraba deliciosamente el aura fresca y aromatizada de las alturas.

II

Junta de Ostende. — Principales emigrados que asistieron á ella.

Está consumado el cruento sacrificio : el órden reina en toda España sometida al régimen del sable, y hay sesenta y seis víctimas mas, sacrificadas impiamente por su amor á la libertad. ¿Cuándo se dejará de derramar sangre por causas políticas?

El 12 de julio siguiente al de la sangrienta catástrofe del 22, ese pequeño Sulla ó Syla moderno, que se llama O'Donnell, fué despedido de Palacio como se despide á un mísero criado que no sirve bien. Y la corte hizo perfectamente en despedirle: supo con asombro á luego de vencida la insurreccion que lo habia sido de una manera anormal; que O'Donnell, sus compañeros de gabinete y sus empleados vivian al estallar aquella tan vigilantes que, menos ellos, todo el mundo sabia que la revolucion estaba encima, y es lo cierto que á no ser por el botafuego realista ó conservador del capitan Torreblanca, el gobierno provisional queda instalado en el Principal, ó sea el ministerio de la Go-

bernacion, antes de las ocho de la mañana de aquel dia memorable, frente á frente del trono de Isabel II, al que en pocas horas, tal vez en pocos minutos, hubieran barrido las cuarenta piezas de artillería como barre un recio vendabal la paja seca y molida que encuentra desparramada sobre la haz de una era.

A O'Donnell sucedió Narvaez, personaje odiado por todos los liberales á causa de la mucha sangre que de ellos ha derramado en distintas ocasiones, pero sin disputa menos odiado que O'Donnell, porque, al reves que este, siempre ha sido consecuente con su partido, con sus antecedentes y con su historia. Para la causa de la libertad la subida de Narvaez al poder marcaba en esencia, por la intencion de la persona que le encumbraba, un verdadero retroceso; pero á pesar de esto, el pueblo entero la vió con satisfaccion y casi podríamos decir con alegría. ¡Tal era el horror que inspiraba O'Donnell, salpicado de sangre liberal desde los piés á la cabeza, y sediento aun de mas, que de seguro hubiera derramado á continuar ejerciendo el mando! Si Narvaez hubiese sido un verdadero hombre político, tal vez hubiera podido asegurar el trono de su reina, separando á los partidos liberales de la senda revolucionaria y lanzándolos en las anchas vias del progreso, lento y pacífico, sí, pero igualmente seguro. Se afirma por muchos que aceptó en

su ancianidad el poder lleno de buenos deseos: la ocasion no podia ser mas propicia para realizarlos: es lo cierto que hubo hasta tratos entre algunos hombres de su confianza que les iniciaron, y otros hombres de los mas importantes de la emigracion progresista, que les recibieron benévolamente: los últimos, como era natural, querian libertad para deponer su actitud; pero Narvaez y los suyos, conociendo que esta demanda estaba en su lugar y que por lo tanto debia ser atendida, tuvieron no obstante la debilidad de sucumbir al impulso que partia de arriba, es decir, de la reina, en favor de una política reaccionaria, antes que obedecer á sus convicciones y á lo que por entonces les dictaba su conciencia, en obsequio al miserable amor de mando, que á la vez se albergaba en sus corazones. Nada hay, por impropío que sea, á que no sucumba el hombre devorado por la pasion de mando.

El ministerio Narvaez continuó, pues, la política de O'Donnell, menos cruel en cuanto á verter sangre, mas reaccionaria en cuanto á destruir conquistas liberales.

Se encontró con la suspension de garantías individuales, y siguió haciendo uso de ella, pero no ya solamente contra los revolucionarios, sino contra los mismos o'donellistas, á quienes, es un hecho, que con grandísimo gozo vió marchar el pueblo hácia la deportacion, el destierro y la emigracion.

Se encontró con el estado de guerra establecido en toda España, y no le levantó, y las leyes siguieron mudas, ó escarnecidas ó pisoteadas.

Se encontró armado de todas armas para hacer unas elecciones de farsa como las que habian hecho los o'donnellistas, y estos fueron echados de la llamada representacion nacional por medio de los mismos amaños y las mismas indignidades que habian puesto en juego contra los moderados; y las Córtes, hoy existentes, salieron de tan excelente calidad, que es público y notorio que, contemplando reunidos en cierto sitio á los noveles diputados el ministro Gonzalez Brabo y diciendo *soto voce* á un íntimo amigo suyo *¿qué tropa es esta?* le fué contestado por aquel con muchísima gracia: *son viajeros de un tren de tercera clase.*

Se encontró con las huellas sangrientas que habia dejado O'Donnell en las afueras de Madrid, y él tambien quiso ser cruel y ensangrentó con el fusilamiento bárbaro é inútil de cuatro valerosos militares los alrededores de Barcelona primero, y el campo de la pacífica Palencia despues.

Se encontró con siete periódicos suprimidos (*Las Novedades, La Iberia, La Discusion, El Pueblo, La Nacion, La Democracia* y *La Soberania*), *con siete propiedades sagradas,* VIOLENTAMENTE ARREBATADAS A SUS DUEÑOS, lanzados por ello en la ruina y la miseria, y toleró ese DESPOJO INÍCUO y los despoja-

dos siguen aun sin lo que les pertenece y habian adquirido con tantos desembolsos, tantos sudores y tantos y tan increibles afanes y disgustos.

Se encontró, en fin, con la inmensa emigracion que habia producido la política terrorista de O'Donnell, y la emigracion siguió y se aumentó; y como ninguna emigracion puede vivir sin conspirar, porque el *dulcis amor patriæ* es y será un sentimiento poderoso en el corazon del hombre, aquella continuó su obra con energía, constancia y decision hasta producir los sucesos del último mes de agosto. ¡Triste condicion la de todos los gobiernos reaccionarios, que no pueden vivir sin enemigos que turben terriblemente su reposo, al contrario que los liberales, que viviendo en perfecta tranquilidad, reciben las bendiciones de los pueblos que están bajo su yugo, si yugo pudiera llamarse la gobernacion de magistrados íntegros, ejercida á virtud de sabias y justas leyes!

El 16 de agosto, (pues el 15 hubo necesidad de prorogarla esperando gentes que al fin no fueron) por iniciativa del general Prim y con acuerdo de hombres importantes de los partidos progresista y democrático, tuvo lugar en Ostende, ciudad y puerto de la Bélgica, la célebre reunion que fijó por de pronto la suerte de toda la emigracion frente á frente del gobierno español, ó mejor dicho, frente á frente de la dinastía borbónica. En esa reunion

estuvieron cuatro generales (Prim, Pierrad, Contreras y Milans del Bosch), los ex-diputados y periodistas, Sagasta y García Ruiz, el conocido profesor Becerra, el ex-diputado Ruiz Zorrilla, el escritor D. Cárlos Rubio y varios oficiales del ejército y hombres del pueblo hasta el número de cuarenta y cinco ó cincuenta, pertenecientes á ambos partidos. Algunos hombres importantes del democrático, tales como los Sres. Martos, Castelar, etc., no pudieron ó no tuvieron por conveniente asistir á pesar de estar citados y conformes en asistir á la cita: los Sres. Rivero, Figueras y Orense se hallaban en España. La reunion se celebró de la manera que podia celebrarse: todos los que á ella asistieron hubieran deseado ver allí á cuantos estaban convocados; pero habia de celebrarse con los que fueron puntuales á la cita, y se celebró.

En verdad que es un espectáculo hasta no mas interesante el ofrecido por cuatro docenas de españoles que á trescientas y mas leguas de su patria, á orillas de un mar, cual es el del Norte, generalmente revuelto y sombrío, sin recursos los mas precisos, sin medios de ninguna especie y solo llevados de su ardiente patriotismo y su amor á la libertad, volviendo los ojos hácia su querida patria, viéndola esclava y desdichada, acordaron solemnemente redimirla aunque fuera á precio de su sangre. Sublime es el cuadro que ofrecen los *Tres* sui-

zos con su famoso juramento de Gruzli para acabar con la tiranía tudesca, pero si no es sublime el que ofrecen los liberales españoles reunidos en Ostende para adoptar el acuerdo de acometer una empresa colosal, merece al menos ser relatado, á fin de que de él haga en su dia la historia honrosa mencion, aun cuando, por no haber venido el éxito á coronar dicha empresa, sabemos de antemano que la reunion no alcanzará la celebridad que en caso contrario hubiera sin disputa conseguido.

En Ostende se acordó, declarándolo mas solemnemente que ya se habia hecho otras veces (en enero y junio) la union íntima y cordial de los dos partidos liberales para preparar desde el extranjero y hacer en su dia la revolucion bajo un símbolo comun y aceptable á uno y á otro, puesto que se haria esta á nombre del pueblo, cuya soberanía era reconocida de antemano:

1.° PARA DESTRUIR TODO LO EXISTENTE EN LAS ALTAS ESFERAS DEL PODER:

2.° PARA QUE SE NOMBRASE ENSEGUIDA UNA ASAMBLEA CONSTITUYENTE (*bajo la direccion, se supone, de un gobierno provisional*), LA CUAL DECIDIRIA DE LA SUERTE DEL PAÍS, CUYA SOBERANÍA ERA DE LEY QUE REPRESENTASE, PUESTO QUE SERIA ELEGIDA POR EL SUFRAGIO UNIVERSAL DIRECTO.

La cuestion de principios para unos y para otros estaba, como se vé, perfectamente orillada: ningun

demócrata, por fiero é intransigente que fuera, podia, con razon se supone, manifestarse descontento por el acuerdo, porque este era eminentemente democrático; y ningun progresista tenia que quejarse en sus principios monárquicos, caso que la revolucion fuera hasta la república, porque, partidario de la soberanía nacional, su deber era acatarla con respeto si ella decretaba la forma republicana en vez de la monárquica para la gobernacion del país.

En cuanto á la cuestion de medios..... ¡Oh! Necesitamos antes de pasar adelante en este asunto hacer unas cuantas reflexiones.

Se habla mucho cuando ocurren acontecimientos revolucionarios, del oro inglés, de ventas infames de alguna ó algunas partes del territorio español, de gentes vendidas al extranjero, de miserables pagados por los enemigos ocultos y exteriores de España para turbar su paz y desacreditarla á los ojos del mundo y de la historia. Hubo un ministro odonnellista tan insensato que á la raiz de los sucesos de junio se atrevió á decir en el Parlamento, que aquellos se habian llevado á cabo con el oro de las repúblicas hispano-americanas en guerra con su antigua metrópoli. Es preciso que sepa todo el mundo y en especial los hombres del partido liberal, mas crédulos generalmente que los de las banderías reaccionarias, que ni ahora ni nunca ha habi-

do NI HABRA oro inglés, ni francés, ni ruso; que nadie da en el extranjero á no ser (hablando en general) desprecios y sinsabores; que aquí es una máxima la bien egoista y triste por cierto de *todos para sí y cada uno en su casa*; que èso *de la fraternidad universal* es una insigne mentira, nacida en Francia y repetida por algunos escritores superficiales nuestros, que hablan tambien mucho y en todos los tonos de esa famosa fraternidad sin tenerla ni sentirla, y que aparte de algunas suscriciones que por compasion ó entusiasmo hácia una persona ó una causa célebre puedan hacer en algun punto del globo cuatro, veinte, cien personas, todo cuanto se dice de empréstitos que van á hacer ingleses, franceses ó alemanes, y de gobiernos que facilitan recursos y proporcionan medios para hacer revoluciones, no es mas que pura invencion de los reaccionarios para perturbar los partidos liberales, extraviar la opinion pública y hacerse ellos lugar ante el vulgo, presentándose como patriotas, que odian y rechazan tratos indignos y vergonzosos con el extranjero. Volvamos á la cuestion de medios.

Sobre recursos pecuniarios únicamente se acordó acudir á los amigos residentes en España para ver de proporcionar con las dádivas de todos la cantidad de CIEN MIL DUROS, que se consideró suficiente, no solo para emprender y llevar á cabo la revolu-

cion, sino tambien para socorrer á los muchísimos emigrados, especialmente militares, que no tenian recursos con que subsistir. ¡Y ni siquiera se recogió la mitad de la citada cantidad! ¡Y esos fueron los medios pecuniarios con que se preparó la última revolucion, despues de socorrer á la mayor parte de la numerosa emigracion pobre! ¡Y con esos medios tan exíguos se decidió acometer una empresa tan gigantesca! ¡Y con esos recursos tan insignificantes pudo haberse derribado un trono ocupado por la descendiente de cien reyes! Es cierto que los que tal acuerdo adoptaron contaban para el dia de la lucha con su gran patriotismo y el de sus amigos de España, y sabido es que el patriotismo, cuando se manifiesta en todo su esplendor, vale mas que todos los tesoros del universo.

Se acordó por último nombrar un centro revolucionario que asumiese, digámoslo así, todas las fuerzas liberales, conservando á estas, atrayéndose á aquellas y preparándolas todas para el dia del combate, que él necesariamente habia de señalar. Y como el general Prim era la figura mas grande de la revolucion y el porta-estandarte de esta, claro es que de antemano tenia señalado su puesto, que nadie podia soñar en disputarle: quedó nombrado unánimemente jefe del centro, y para que en él estuviesen representados los dos partidos, se convino en que se le agregasen dos individuos, uno por

el democrático y otro por el progresista, siendo elegido por este el Sr. D. Joaquin Aguirre, ex-ministro de Gracia y Justicia, y por aquel D. Manuel Becerra: el que esto escribe manifestó que á él le era imposible desempeñar tal cargo por efecto de sus ocupaciones que le llamaban á París.

Hubo un verdadero sentimiento de que no concurriesen al acuerdo los hombres de la democracia que, sobre estar citados, habian dado al mismo general Prim palabra de asistir, y como no lo hicieron, la reunion no pudo pensar en ninguno de ellos para el centro, por la sencilla razon de no saber si aceptarian ó no.

Consignemos aquí que el Sr. Becerra aceptó por patriotismo (creemos lo mismo del Sr. Aguirre), porque ningun interés tenian en formar parte del centro, y que unánimes los concurrentes prometieron noble y solemnemente, lo propio el hombre importante que el oscuro ciudadano, de idéntica manera el general que el oficial mas humilde, su apoyo leal y decidido al centro, llevando su grano de arena ó su gran piedra para el magnífico edificio que se pensaba levantar llamado *la libertad de la España.*

III

Operaciones de la emigracion : los hombres ilusos y los hombres envidiosos.

A los pocos dias del acuerdo de Ostende, el general Prim estableció sus reales en Bruselas; siguiéronle los dos adjuntos y varios emigrados, en su mayoría militares, de enero y junio; otros se instalaron en París, otros en Marsella, Burdeos y otras ciudades de Francia, camino de la querida España, hácia donde todos dirigian, como las dirigen hoy, sus tristes miradas. Todo el mundo dió su nombre y lugar de su residencia al centro, por si este tenia necesidad de utilizar sus servicios. Entre los pocos paisanos que se instalaron en Bruselas se cuentan los Sres. Zorrilla y Rubio; el Sr. Sagasta se estableció en Saint-Denis, y el que esto escribe en París, adonde afluyó la inmensa mayoría de la emigracion.

El centro empezó á desempeñar su cometido, y por su parte todos los hombres de buena voluntad, que algo pudieron en este ó aquel sentido, lo ejecutaron gustosos, siempre bajo las órdenes de aquel

ó al menos con conocimiento suyo, prévio ó posterior. El resultado fué que á los tres meses próximamente de la celebracion de la junta de Ostende, merced á los trabajos incesantes del centro y de unos cuantos emigrados que le secundaban con toda lealtad y decision, los elementos revolucionarios se hallaron ya en España en entera efervescencia, fomentada, es verdad, por algunos liberales no emigrados, que en honor de la libertad de su patria sacrificaban sus bienes y reposo, y desafiaban las iras del poder, armado con las dos terribles armas del estado de sitio y de la suspension de garantías individuales, trabajando con el ejército para inclinarle del lado del pueblo y animando á este á que se organizara y armase para el dia de la gran batalla.

Todos estos trabajos y el estado aproximado del país, que llegaban aunque en confuso á los oidos de la emigracion, animaban á esta presentándola ante su vista la risueña perspectiva de entrar en no lejanos dias en la patria querida, que lo es mas á manera que trascurre el tiempo de estar ausente de ella.

Surgian, sin embargo, en medio de estas consoladoras esperanzas algunos accidentes que las amargaban, promovidos por dos clases de hombres inseparables en todas las empresas y mas aun en todas las preparaciones revolucionarias : los ilusos y los

envidiosos, de quienes nos vemos obligados á decir cuatro palabras en nuestra calidad de narradores fieles de todo lo ocurrido en la emigracion. Los primeros van derechos con sus planes y concepciones hasta la imbecilidad; los segundos siempre llegan hasta la calumnia, pasando regularmente por la farsa: los primeros estorban; los segundos hacen todo el daño que pueden á las causas y á las personas: afortunadamente suelen estos valer poco y poder menos en las preparaciones revolucionarias, merced á lo cual su conducta no es en gran manera temible, por mas que sea lamentable y perjudicial.

Los ilusos, es decir, los hombres que carecen de sentido práctico, porque ni han estudiado ni son capaces de estudiar el estado del país, que es el mejor barómetro para el hombre público, venian á estorbar de continuo con planes descabellados, ó con exigencias insensatas, ó con proposiciones que creian de un valor inmenso y en realidad no tenian ninguno. «El centro marcha con una parsimonia pasmosa, decian unos; se pasan dias y dias, y la revolucion podia estar hecha con solo presentarse Prim, por ejemplo en Andalucía, con asomar su cabeza hácia Aragon ó con dar el grito de guerra en el primer villorrio de Cataluña.» «Es indispensable, decian otros, que se dé este programa, porque desde el instante mismo en que el pueblo le

vea, se levantará *en masa* en tal y cual parte, contra el gobierno y contra la dinastía.» «Si se nos dieran á nosotros 5,000 duros y 100 hombres decididos, y ya ven Vds. que esto no es pedir mucho, decian estos, entraríamos *por cualquiera parte* del territorio español, y en menos de quince dias daríamos hecha la revolucion.» «La revolucion no está ya hecha hace tiempo, porque no se quiere, decian aquellos, y no se hará ínterin no haya union sincera, *fraternal*, entre todos los hombres que verdaderamente valen y pueden: que se cuente con fulano y con citano, y como sean oidos sus consejos, ellos traerán al instante, como por encanto, 20 ó 30 millones que dará el *extranjero*, ademas de 30 ó 40 000 fusiles, y entonces la cosa es corriente en menos de tres semanas.» Y Prim y el centro no hacian aprecio de los primeros, como era natural no hacerle de la impaciencia atolondrada; y no daban gusto á los segundos, asegurando que aun no era tiempo de darle; y no facilitaban los miles de duros á los terceros, entre otras, por la sencilla razon de que no los tenian, pues nunca hubo para otra cosa que para cubrir las mas indispensables urgencias, y admitian siempre de grado, con la mas grande voluntad, á todo el que queria venir á ayudar á la buena obra, aunque calculaban y muy cuerdamente de antemano (y así se lo hizo y nos lo hizo ver á todos la experiencia), que los que ofre-

cian allá desde el retiro de su injustificado alejamiento ó hacian ofrecer en su nombre el oro extranjero, y los fusiles extranjeros, y los planes extranjeros, y las influencias extranjeras, no traerian al fin ni un céntimo, ni un cartucho, ni un hombre de combate, ni una influencia extraña que, caso de venir, seria de todos modos funesta y rechazada con indignacion por todo buen patriota, y gracias que no trajesen cuentos ridículos, orgullo insolente, miserias á centenares y perturbaciones mas ó menos graves y trascendentales.

Los envidiosos, peste engendrada por la vanidad, desempeñaron tambien de contínuo su triste papel de estorbar y de hacer daño, sin prestar en compensacion el mas insignificante servicio. *Donde no estoy yo y como quiero estar, no hay ni haber puede nada bueno* : este es el lenguaje de la vanidad satánica, y á este lenguaje acomodan su conducta los que poseen tan vil pasion, que los lleva á morder y á calumniar á los hombres mas íntegros y de mas merecimientos, como no se reconozcan inferiores y casi satélites suyos. Así se vió aquí, á causa de una cuestion personal, impropia de hombres sérios que traen entre manos una grande y patriótica empresa, emitirse por algunos los juicios mas temerarios é injuriosos contra los que no opinaban como ellos; formar separados cuando mas necesaria era la union; idear planes los mas insensatos y descabe-

llados, queriendo ponerles en planta sin tener quienes les secundasen ; plegarse en medio de una lastimosa contradiccion á pensamientos y principios extravagantes y totalmente adversos á los suyos; pedir y patrocinar de una manera vergonzante uniones que con toda conciencia pueden calificarse de nefandas, y sin prestarse á contribuir con nada para la revolucion, porque no es lo mismo formar planes que hacer sacrificios, hablar ex-cátedra de ella como de cosa que tuvieran ya en su mano para dirigirla despues de hecha á su completo placer y contra los hombres que la preparaban y verdaderamente habian de traerla ó al menos impulsarla por medio de su patriotismo, sus sacrificios y sus ímprobos é incesantes trabajos. En boca de estos hombres, cuando llegára el que seria *dies illa, dies ire*, habria que ajustar una cuenta tremenda que degeneraria en ejemplar á los *malos* patriotas; pero nada habia para los O'Donnelles, Gonzalez Brabos, Calderones Collantes y demas verdugos de la libertad : para el dia del triunfo todo para los que contribuian de buena fé y con todo su valer á proporcionarle ; nada contra nuestros enemigos : el silencio generalmente respecto de los martirizadores de la patria, la injuria de contínuo y la calumnia de vez en cuando para los que incesantemente trabajan y han trabajado toda su vida para ar á aquella esplendor y libertad. ¡ Mísera condi-

cion humana que en todas partes y ocasiones ha de manifestar su pequeñez y que aquí, á unos por necedad y á otros por envidia, los llevaba á trabajar en contra de lo que real y verdaderamente reclamaban sus propios intereses!

Pero el centro y los hombres que le apoyaban, por amor á la libertad y *nada mas que por amor á la libertad*, siguieron su camino, sin cuidarse de los unos ni de los otros, aunque procurando no despreciar á ninguno, como le siguen los viajeros que tienen hecha intencion de llegar á un punto cualquiera con el ánimo dispuesto á vencer los pequeños y grandes obstáculos, que se les ponen por delante.

IV

Insensatez del gobierno español. — Provoca la tempestad. — Preparativos de la revolucion. — Conformidad á última hora de todos los emigrados.

Mientras esto sucedia entre los emigrados, el gobierno español continuaba con una insensatez sin igual por la pendiente de la reaccion, que segun todos los cálculos humanos le hábia de llevar al precipicio, arrastrando en pos de sí el trono de Isabel II. La política de resistencia, á que en determinadas circunstancias apelan hasta los gobiernos mas libres, tiene sus naturales límites: mientras dura el peligro, mientras las instituciones existentes, mas ó menos justas, mas ó menos buenas, se ven réciamente combatidas y despues amenazadas con seriedad, deber es de todo gobierno el adoptar y seguir la política de resistencia, que en resúmen no es otra cosa que el ejercicio del derecho de legítima defensa; pero todo lo que este derecho tiene de bueno y hasta santo cuando se ejerce durante el tiempo limitado del verdadero peligro, tiene de funesto cuando se prolonga demasiado, porque entonces prueba una de

estas dos cosas: ó que el poder público acatado y obedecido por los mas usurpa la soberanía sin necesidad, en cuyo caso lo hace nada mas que por el bárbaro placer de ser tirano, ó que el poder público representa lo contrario que la opinion del país, y en tal extremo debe dejar su puesto á esta reina del mundo, segun la frase de Marco Aurelio, porque es la única manera de que el peligro cese y el país viva tranquilo y próspero. La dictadura romana era siempre tan breve como motivada: alguna hubo que solamente duró seis dias. ¿Qué diremos, pues, dè la del gobierno español, que va durando ya casi año y medio? Y si á esto se nos objeta que si el gobierno no se desprende del arma terrible de la suspension de garantías individuales es porque la emigracion no ha depuesto su actitud belicosa, diremos, ante todo, que no es ese el modo de hacer deponer su actitud á los tratados como párias, y luego contestaremos con la situacion del país, que habla mas alto que todos los razonamientos mas bien formados, que todas las argumentaciones mas lógicamente acabadas.

¿Qué ha adelantado si no el gobierno con seguir esa funesta política de resistencia? ¿Hacerse partidarios? ¡qué locura! ¿Qué adelantó con fusilar en Barcelona durante el verano de 1866 á los oficiales Ventura y Mas, y en la última primavera al infeliz Copeiro y al mas infeliz cabo de caballería en Pa-

lencia? Hacerse mas enemigos, esto es, aumentar los elementos revolucionarios.

¿Qué adelantó con sustituir las reaccionarias leyes de ayuntamientos y diputaciones por otras mas centralizadoras y reaccionarias? Hacerse mas enemigos.

¿Qué adelantó con reformar los reglamentos del Congreso y del Senado, anulando casi el sistema representativo? Hacerse mas enemigos.

¿Qué adelantó con maltratar á los ciudadanos y turbar el reposo de las familias por medio de incesantes prisiones, destierros y deportaciones? Hacerse mas enemigos.

¿Qué adelantó con exigir á la fuerza enormes tributos, obligando á los contribuyentes á que se les pagasen dentro de un plazo casi imposible? Hacerse mas enemigos.

Pero adelantó, sobre dar gusto al neocatolicismo, que para nada sirve en el dia del peligro, paralizar la industria, destruir el comercio, arruinar la agricultura, llevar la miseria por las ciudades y los campos secando las fuentes de la riqueza pública, y con todo esto aglomerar de una manera prodigiosa elementos y mas elementos para la revolucion, porque es ley invariable de las cosas humanas que allí donde hay opresion tiene que haber estallido, que allí donde hay tiranía tiene que haber movimiento contra ella, que allí donde hay malestar tiene que buscarse el alivio de grado ó por fuerza. Y el mal-

estar de la España es tan inmenso que nadie le desconoce : el grito de dolor que se escapa de todos los pechos desde el del banquero mas opulento hasta el del menestràl mas humilde es el de ¡*no podemos vivir así*! y la palabra terrible que sale á todos momentos de todas las bocas sin exceptuar una es la de ¡HAMBRE!, que se vé por todós en pavorosa perspectiva, que aterra infinitamente á todos, porque el hambre anuncia siempre la prepotencia de la revolucion *social*, que es ciega y no se sabe adonde camina, no la prepotencia de la revolucion política, que puede dirígirsela encauzada y serena en bien del país en que se hace y para su completa regeneracion.

Esta es la situacion de la España y hoy mas terrible que antes de la última tentativa para hacer la revolucion, porque al venir esta, como, á no cambiar radicalmente de política vendrá, no importa cuándo ni de qué manera, se encontrará acaso sin un gran prestigio que la dirija y encauce en su desbordamiento.

¿Y qué otra cosa hacia el gabinete Narvaez con esa funesta política de resistencia y opresion que acabamos de describir, muy incompleta y torpemente por cierto, sino que provocar la tempestad, que se formaba poco á poco en el extranjero? ¿Por ventura se ha encontrado un pueblo que lama la mano del tirano, que no solo le azota su rostro con

el látigo, sino que le empobrece y le presenta ante su vista para un no lejano porvenir esa cosa que no se pronuncia sin horrible espanto y que se llama HAMBRE?

La emigracion redobló naturalmente sus esfuerzos, explotando la situacion del país, que no podia prestarse mas á un movimiento radical; se acudió á todas partes; se llamó como vulgarmente se dice á todas las puertas; se halagó allí donde habia necesidad de halagos; se proporcionaron recursos aunque escasos por algunos verdaderos patriotas (ya que no por todos los principales emigrados), haciéndose el gran milagro de que veinte ó treinta facilitaran de su bolsillo á razon de 5,000 francos cada uno, el que menos 2,500, y con ello se entregó para el viaje hasta la frontera y algo mas á todos ó casi todos los hombres de armas tomar, y se dotó á cada guerrillero de la cantidad suficiente para mantener sus gentes unos dias; se hicieron todos los preparativos necesarios, y se dió en fin la voz de alerta y santo y seña á los que debian entrar para dirigir á los que allí estaban comprometidos y dispuestos á lanzarse al terreno de la fuerza, adonde desgraciadamente les llevaban por una série no interrumpida de arbitrariedades, torpezas y desafueros sus desatentados enemigos.

Es de advertir que así como Olozaga, sin intervencion de los dos partidos, al menos del democrá-

tico, habia celebrado en Mons su union con el general Prim unos tres meses antes, ofreciendo á este su apoyo, todos los llamados disidentes de la democracia hasta los mas recalcitrantes, entre ellos Martos, Chao, Orense, etc., fueron á Bruselas en union del dicho Olózaga durante los últimos dias de julio, y despues de una conferencia con el general Prim, en la que se estipuló de una y otra parte que no se entraria en España proclamando la república ni la monarquía, sino que se dejaria á la voluntad del pueblo ó de la Asamblea nacional, que seria nombrada por el sufragio universal, el derecho de constituir al país como mejor la pareciese, cosa ya estipulada lo menos cinco veces de antemano, particularmente en Ostende, se volvieron satisfechos y dispuestos á dar todo su apoyo moral á la revolucion y á su principal espada el general Prim. Es pues un hecho indubitable que á última hora todos los demócratas, así los que habíamos ayudado constantemente con todas nuestras fuerzas al general Prim, como los que habian obrado de otro modo, quedaron conformes en prestarle su apoyo reconociéndole como jefe de la revolucion, y el que hoy diga otra cosa no está en lo cierto, y la verdad debe decirse siempre, en la prosperidad y en la desgracia, en los tiempos de bonanza y en los de desdicha. El variar de lenguaje en la adversidad es solo propio de las almas debiles y de los ruines corazones.

V

Proclamas del general Prim al pueblo y al ejercito. — Su viaje por mar á Valencia. — Levantamento de Cataluña. — Operaciones en la frontera.

No es, cual en la Beocia de la Iliada de Homero describiendo las naves griegas y guerreros que las montaban, como nosotros podamos describir la organizacion dada á los bravos revolucionarios para entrar en España con las fuerzas que del extranjero llevaban, las que allí encontrarian dispuestas en los primeros momentos y las que luego levantarian, merced á sus esfuerzos y pericia, contando para todo con los recursos que debian estar á su disposicion : los héroes de Homero poseian naves y recursos para salir de la Grecia en busca de Troya, y el poeta no tuvo mas que relatar, caso que no inventase : los héroes españoles carecian de naves y recursos para lo mas indispensable ; se arrojaban á inmensos y terribles peligros en que á cada paso podia irles la vida perdiéndola sin gloria, y marchaban ¡ infelices ! en su mayor parte á una derrota segura, si no vilmente vendidos, al menos grandemente burlados, merced á causas de que con dolor

y hasta vergüenza tendremos que ocuparnos. Por esto nosotros, ademas de relatar, tenemos que hacer reflexiones y comentarios, que aumentarán el dolor de que está poseido nuestro corazon.

Preparadas las cosas de la manera que arriba dejamos expuestas, se señaló por el general Prim con acuerdo ó noticia del centro el 15 de agosto por la noche y amanecer del 16 para verificar el movimiento en Cataluña y Aragon, y se guardó tanta reserva sobre esto que solamente lo sabian los jefes y los que habian de levantar bandas: al menos por lo que respecta al que esto escribe, debe asegurar, que no supo á punto fijo que el movimiento tendria lugar el 15 por la noche hasta las siete de la tarde de dicho dia.

Muchos guerrilleros y oficiales del ejército, algugunos de ellos condenados á muerte por los sucesos de enero y junio del 66, despues de recibidas sus instrucciones, se lanzaron hácia el territorio de la patria en los últimos dias de julio y primeros de agosto, y disfrazados y burlando la vigilancia de las autoridades españolas, lograron llegar á sus destinos, donde escondidos y en lugar seguro aguardaron el momento de levantar la bandera revolucionaria: ni uno de estos intrépidos campeones de la libertad fué detenido; diríase que la Providencia guiaba sus pasos. Los guerrilleros, en union de los militares que se les agregaron, debian formar en

Cataluña al menos veintidos batallones, de estos los cuatro en la frontera de las provincias de Gerona y Lérida desde el Portús y la Junquera hasta el valle de Andorra y la Seo de Urgel, y los diez y ocho restantes en las cuatro provincias catalanas, aunque mas que en ninguna en la de Tarragona por hallarse la mas predispuesta á dar hombres para la revolucion.

Nombráronse cuatro comandantes generales para las cuatro provincias, todos militares de alta graduacion, á saber: de Gerona el coronel D. Fernando Pierrad, de Lérida el coronel D. Eugenio Gaminde, de Barcelona el coronel D. Gabriel Baldrich, y de Tarragona el teniente coronel D. José Lagunero. El general D. Juan Contreras, que debia entrar por el Valle de Aran y bajar por toda la provincia de Lérida hasta encontrarse en el corazon de Cataluña, fué nombrado capitan general del Principado, y el general D. Blas Pierrad, que debia entrar en union del coronel D. Domingo Moriones por la frontera de Huesca enfrente de Jaca, fué nombrado capitan general de Aragon. A Portugal se mandó al brigadier Milans del Bosch para que viera de recoger la poca emigracion que allí habia y lanzarla sobre Estremadura y Andalucía, de cuya capitanía general deberia él encargarse, caso que la victoria se hubiese inclinado del lado de la revolucion. El general D. Cárlos Latorre, nombrado capitan general de Valencia, se fué para su

destino, arrostrando intrépidamente inmensos y terribles peligros mucho antes del 15. Por la parte misma de Huesca debia entrar el teniente coronel en situacion de retiro, Sr. Sasot, y ayudado de varios paisanos emigrados formar, si los acontecimientos lo permitian, uno, dos ó tres batallones de cuerpos francos en el Alto Aragon. No hacemos aquí mencion de los encargados de entrar por la frontera de Guipúzcoa y Navarra, ni tampoco de varios comisionados que fueron á diferentes provincias de España con el encargo de hacer sublevar la tropa que aparecia comprometida y organizar el paisanaje, porque escribimos esto con el mas exquisito cuidado, á fin de no comprometer á nadie con revelaciones imprudentes; y si arriba dejamos consignados algunos nombres, es porque las personas que los llevan no corren como emigrados de antes y despues del movimiento riesgo de ningun género. Adoptadas estas disposiciones y acordado resuelta y definitivamente que el general Prim entraria en Cataluña para tomar como general en jefe el mando de todas las fuerzas revolucionarias, así de la tropa como del paisanaje, publicó con acuerdo del centro las dos siguientes proclamas al pueblo y al ejército, que fueron repartidas con profusion é insertas en casi todos los periódicos franceses, belgas, ingleses, italianos y alemanes: la dirigida al pueblo decia así:

ESPAÑOLES.

Ha llegado la hora de pelear y de concluir, de una vez, con los que os vienen oprimiendo. La dignidad de la patria lo exige, el triunfo de la libertad lo reclama. Solo el deseo de asegurar el éxito ha podido evitar el que no hayamos dado antes la batalla.

La inmoralidad en las altas esferas sostenida por la adulacion oficial y por el despotismo oficinesco han hecho indispensable un cambio radical en los destinos de nuestra patria. No hay nada mas temible ni mas perjudicial que los motines. No hay nada mas grande ni mas justo que las revoluciones cuando lo exige la miseria del pueblo y el sufrimiento del ejército: cuando la opresion ha tocado los límites de la tiranía y el desconcierto ha llegado á convertirse en sistema.

Padece la agricultura, sufre el comercio, agoniza la industria, está muda la prensa y la tribuna, se cubre de rubor al contemplar su patria, todo lo que la España tiene de inteligente y de activo. No hay tormento que no se ensaye, ni ley que no se conculque, ni tribunal á que no se intimide para ahogar los gritos de la opinion pública indignada, y seguir explotando, á la sombra de palabras que no corresponden á los hechos, los pocos recursos de que aun puede disponer el país. Es un contraste horrible el que forman las bacanales y las amenazas de los que mandan con las lágrimas de los deportados y condenados á presidio, y con el ruido de las descargas de los que impunemente son fusilados.

La revolucion es el único remedio á todos nuestros males. Ella convocará Cortes Constituyentes por medio del sufragio universal. La libertad, hija del derecho, el derecho encarnacion de la justicia, la justicia consecuencia de la ley rectamente aplicada; hé aquí el principio en que se ha de fundar el nuevo órden de cosas despues de destruido lo existente.

La abolicion de la odiosa contribucion de consumos, la desaparicion de las quintas, sin perjudicar los intereses y los derechos de la parte digna del ejército, la reduccion de las contribuciones á las que el pueblo pueda pagar sin atacar la produccion y sin entorpecer el desarrollo de la riqueza, la unidad en la administracion de justicia, la abolicion de los privilegios; la administracion al servicio de los pueblos y con la responsabilidad que haga imposibles su holgazanería, su ignorancia y su arbitrariedad, y los tribunales de justicia por encima de toda clase de luchas y de dependencia, es lo que, con buenas leyes inmediatamente planteadas, ha de trasformar la faz de nuestro país.

La tolerancia con toda clase de opiniones, el respeto á todos los derechos legítimamente creados, y la destruccion de todo lo

que se ha hecho á la sombra de la intriga, cubierto con el velo del misterio y sostenido por el sufrimiento del país, han de ser los medios de desembarazar el camino.

Las recompensas de todos géneros al talento y á la virtud, en vez de otorgarlas á la adulacion y á la intriga, serán el estímulo poderoso que, abriendo nuevos horizontes, imprimiendo nueva tendencia á la actividad de nuestro pueblo, hagan de él lo que debe ser en medio del siglo XIX y viviendo la vida de la civilizada Europa.

La libre emision del pensamiento y el derecho de reunion y de asociacion, como medios de dar á conocer las ideas, el sufragio libre para unificarlas, y la libertad de la tribuna como medio de convertirlas en leyes haciendo que los gobiernos sean el producto de la opinion pública, serán el coronamiento de nuestra obra cuando haya pasado el período revolucionario.

A las armas, pues, compatriotas. Un pequeño esfuerzo de parte de cada uno y habrá concluido el caciquismo de los pueblos, las camarillas de las capitales y la tiranía de Madrid.

A las armas, con completa confianza en el éxito, que no dura la vida de los malos gobiernos mas que lo que quiere permitir el sufrimiento agotado de los pueblos.

¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía nacional!

Agosto de 1867.

Hé aquí ahora la dirigida al ejército:

SOLDADOS:

Es necesario responder á la voz del país que pide la revolucion. El ejército español ha sido, en todas las épocas de nuestra gloriosa historia, el mayor enemigo de los tiranos, y el mas firme apoyo de los derechos y de la libertad de sus conciudadanos. ¿Faltará en estos momentos solemnes á su tradicion? Tengo multitud de pruebas, infinidad de datos para suponer lo contrario.

Compañeros, empuñad vuestras armas para uniros á vuestros padres y á vuestros hermanos. Dad el mismo grito que ellos. Sus intereses son los vuestros; sus aspiraciones las de todos los buenos españoles.

Si no hicieran necesaria la revolucion los clamores de la opinion indignada la harian indispensable las injusticias y arbitrariedades de que viene siendo víctima el ejército.

Es preciso que esto termine; es indispensable que empiece una nueva era de reparacion y de justicia para el ejército. Que al espíritu de pandillaje sustituya la estimacion del mérito, á la intriga los servicios, á los apellidos la escala.

Jefes, oficiales y soldados, cumplamos todos con nuestro deber, escuchemos el grito de nuestra conciencia; oigamos los clamores de nuestros conciudadanos, y si los primeros recibireis las recompensas á que os hagais acreedores, los últimos ireis á descansar al seno de vuestras familias recibiendo las bendiciones de los pueblos, y encontrando un admirador en cada uno de los habitantes del vuestro.

Nunca dá mas pruebas de valor un ejército que cuando sabe distinguir entre lo que le exige la ordenanza en tiempos normales, y lo que reclama de él la patria herida en lo que tiene de mas querido y de mas santo.

Soldados, si la disciplina obliga á defender los buenos gobiernos, no puede exigir que se apoye la tiranía. Si manda que se combatan los motines, no quiere que se desoiga la voz de las legítimas revoluciones.

Soldados: *¡viva la libertad! ¡viva la soberanía nacional!*

Antes de continuar nuestra narracion diremos solamente cuatro palabras sobre la proclama al pueblo. Si la revolucion vence y se llevan á cabo, como así se creia por toda la emigracion, las reformas que dicha proclama anunciaba, á saber, la abolicion de las quintas, la del odioso tributo de puertas y consumos, el establecimiento del sufragio universal directo, la libertad de la prensa y sobre todo la libertad de cultos, acerca de la cual, aunque tratada muy superficialmente en la proclama por la sola razon de no concitar enemigos en los primeros instantes al movimiento, no habia ningun género de duda, pues que para el planteamiento de esa libertad existia en dicha emigracion, si se exceptúa un solo hombre (Olózaga), una absoluta conformidad, podemos asegurar con toda certidumbre que la revolucion habría hecho mas conquistas con los

sucesos de agosto, á ser prósperos, que con todos los movimientos de 1808 á la fecha.

Los amigos de profetizar *á posteriori* encuentran, entre otros, un defecto en la proclama: el de que no habla de la dinastía. Nosotros hubiéramos querido que hablase, esta es la verdad; pero no somos sospechosos en la materia, puesto que hemos votado el 30 de noviembre de 1854 contra el trono, y en verdad que, aun no siéndolo, dimos siempre á este punto cuando de él se habló escasa importancia, porque de antemano sabíamos y lo sabia todo hombre de sentido comun que la revolucion, sobre ir tras de eso, no solo acabaria infaliblemente con la dinastía, sino que hubiera sido muchísimo mas fácil establecer la república (eso que es hoy este dificilísimo en España) que conservar la dinastía borbónica. Los que quieren sacar hoy tan *oportunamente* de semejante silencio un partido extraordinario ¿por qué no lo exigieron en Bruselas en los últimos dias de julio cuando se vieron con el general Prim, en vez de quedar conformes, como quedaron al fin de una ligera discusion, con que no se hablase al hacer el movimiento ni de república ni de monarquía, para que la nacion decidiese así libremente de su suerte? Continuemos nuestra narracion.

Todo estaba dispuesto para emprender el general Prim, segun lo acordado y prometido, su viaje há-

cia Cataluña, cuando el 6 de agosto se recibe en Bruselas una carta del comisionado que habia en Valencia, en la cual, y secundado por una ó dos personas, á quienes se debia tener por competentes respecto del asunto, se le aseguraba que casi toda la guarnicion de la ciudad se prestaba á sublevarse por la libertad, y que bajo este supuesto cierto debia él presentarse allí para ponerse al frente del movimiento, cuya señal seria su sola aparicion.

Semejante carta vino á hacer variar el plan adoptado, porque, reuniendo el general Prim á sus dos compañeros del centro, al general Contreras y al Sr. Ruiz Zorrilla, acordaron, que aquel se dirigiese á Valencia en vez de hacerlo á Cataluña: tan solo una persona, fuera de las cinco citadas que así lo acordaron, supo que el general Prim habia de ir á Valencia y no al Principado; esa persona, que residia en París, fué el Sr. Olózaga. ¿Hubo ligereza en variar el plan hasta el dia adoptado en un punto tan interesante, como era el sitio que debia ocupar el general en jefe, por una ó dos cartas que llegaron el 6 de agosto de Valencia á Bruselas? Nosotros declaramos aquí que fué, por todos los antecedentes que habia de Cataluña y de Valencia, un acuerdo funesto; pero tambien debemos decir que las personas que le adoptaron lo hicieron con toda la buena fé del mundo y creyendo acertar. ¿Qué interés tenian en lo contrario? Absolutamente ningu-

no. Su interés de todas clases estaba allí donde se hiciese la revolucion mas rápidamente y con la menor efusion de sangre: esto juzgaron, puesta la mano sobre su conciencia, que era lo mejor, y esto se llevó á cabo.

Acompañado de un ardiente y valeroso patriota, poco conocido en los círculos políticos, salió el general Prim de Bruselas el 7 de agosto por la noche con direccion de Italia, y lo hizo de tal manera y de tal manera supo tambien disimular su salida de aquella ciudad, que el gobierno español no tuvo noticia de que habia abandonado la capital de la Bélgica hasta el 14, dia en que precisamente se embarcó en un famoso puerto de Italia con rumbo hácia Valencia, cerca de cuyas aguas llegó el 16 ó 17 [1]. Dos ó tres dias permaneció poco menos que á la vista de la ciudad, y comunicándose en medio de miles de dificultades con la gente de ella, supo con dolor, no solamente que la guarnicion no es-

1. Necesitamos hacer aquí una aclaracion. El general Prim ha dicho en su manifiesto de Ginebra, fecha 25 de setiembre, que se embarcó en un puerto de Francia. Nosotros, en nuestra calidad de narradores ó historiadores, debemos la verdad á los presentes y venideros, y esa verdad diremos en todo y por todo, porque la verdad debe decirse siempre y mas cuando de ella, como en el presente caso, no hay ni haber puede perjuicio alguno para nadie. El general Prim, al decir que salió de un puerto francés, ó se equivocó (que es lo probable), ó quiso probar al gobierno español, que tiene agentes diplomáticos, que, cual el de Bruselas, cobran sus sueldos muy dulce y descansadamente sin cuidarse de lo que pasa en su derredor.

taba dispuesta á sublevarse, sino que, caso que lo hubiese estado algun dia, el ONCE, es decir cuando él se hallaba en Italia y TRES DIAS antes de embarcarse, habian declarado algunos jefes y oficiales QUE DE NINGUNA MANERA INICIARIAN EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO, y que, en caso, le secundarian viéndole iniciado en otra parte de un modo formal y sério. Ahora bien: ¿por qué los mismos que habian escrito al general Prim para que fuese á Valencia, sabiendo ya el 11 que la guarnicion de esta ciudad *no iniciaria de ningun modo*, no comunicaron esta gravísima novedad á quien ó á quienes convenia comunicarla, para que el general, en vez de encaminarse desde Italia por mar hácia la ciudad del Cid, lo hiciera por tierra hácia Cataluña? Nosotros, que hemos seguido éste asunto con todo el doloroso interés que naturalmente nos inspiraba para apurar hasta el último límite la verdad de lo sucedido, hemos preguntado al autor de una de las dos cartas que decidieron la ida de Prim á Valencia, y nos ha contestado, que ausente el general de Bruselas desde antes del 11, cortada ya con él toda comunicacion y asegurándosele por persona que él creyó formal y que deberia saberlo, que los principales personajes de la emigracion habian abandonado á aquella fecha sus respectivas residencias, no pudo dirigirse á nadie con la nueva que tan fatalmente cambiaba el plan adoptado. ¡Qué tiempo tan pre-

cioso y qué inútilmente perdido en el viaje á Valencia, en donde por *tercera vez* recibia Prim el mas terrible desengaño!

El 20 por la tarde desembarcaba el general Prim en Marsella, para donde habian salido en la noche del 15 los Sres. Ruiz Zorrilla, Becerra, Sagasta y el que esto escribe, quienes le recibieron con todo el afecto de la amistad y el dolor consiguiente al funesto acontecimiento que significaba su sola presencia en aquella ciudad. Hallábanse en ella tambien sus cuatro ayudantes Campos, Pavía, Hidalgo y Abascal, dispuestos como los anteriores señores á encaminarse hácia donde lo exigieran las circunstancias, y despues de una comida que á todos dió el general, este salió á las diez de la noche camino de Perpiñan, á cuya ciudad llegó de incógnito el 21, presentándose el 22 por la noche en el término de Bourgmadame, pueblecito distante uno ó dos cuartos de hora de la plaza fronteriza de Puigcerdá, capital de la Cerdaña española.

Puede decirse, pues, que hasta la madrugada del 23 no llegó el general Prim á la frontera, esto es, ocho dias despues que habian comenzado el levantamiento de Cataluña y la invasion del Aragon. ¡Ocho dias á cual mas preciosos fatalmente perdidos! Y no era solo de lamentar el que con la ida del general Prim á Valencia se hubiera malgastado ese tiempo mucho mas valioso que el oro, que por

no presentarse en los primeros momentos en Cataluña el levantamiento naciera raquítico en mas de algun punto, y que, por fin, se hubiese resfriado ya un tanto la gente sublevada al ver que no parecia por parte alguna, siendo en todas esperado como salvador de la revolucion: otra gran desgracia, otra no pequeña calamidad para la causa revolucionaria habia ocurrido en toda la frontera catalana, en cuya extension de veinte ó mas leguas desde el Portus y la Junquera hasta el valle de Andorra no existia un solo sublevado, porque la mayor parte de los que habian entrado, llenos de entusiasmo en favor de la libertad de su patria, habian recibido el mas cruel y tremendo desengaño, como muy pronto tendremos ocasion de observar. ¡Vergüenza y oprobio sobre los farsantes y especuladores políticos que en tan poco estiman la causa de la libertad y la vida de sus semejantes! Aun cuando no haya dependido de ellos solos el abortamiento inesperado de la revolucion, caiga sobre su cabeza el anatema de todos los buenos liberales!

Debemos la verdad á nuestra conciencia, á nuestra patria y á nuestros amigos y correligionarios, y la diremos sin ambajes ni rodeos, no solo por deberla, para que ella sea útil y provechosa en el porvenir, sino tambien porque tenemos derecho á decirla por nuestra leal y jamás interrumpida buena fé y por nuestros sacrificios de todos géneros para

llevar á cabo la empresa tan funestamente acabada. La impunidad de los que obran malamente ó de ligero en asuntos tan trascendentales, ¿ha de llevarse hasta el extremo de no decir cómo obraron? ¿han de verse confundidos por el resultado los que se excedieron en el cumplimiento de sus deberes y los que totalmente se olvidaron de sus obligaciones? jamás, jamás.

Hemos sentado arriba que por la frontera catalana, comprendida entre el Mediterráneo y el valle de Andorra, debian formarse cuatro batallones al menos, dos enfrente de la importante plaza de Figueras sobre el Ampurdan, otro á la derecha entrando por Francia y el último en la Cerdaña, debiendo tomarse por base de él á Puigcerdá, punto señalado al teniente Barrios por el general Prim para su entrada en España, dado el caso de que fracasára lo de Valencia. El primer batallon habia de estar bajo las órdenes inmediatas del comandante general de la provincia de Gerona coronel D. Fernando Pierrad, pero sus comandantes eran el capitan de ejército D. Alvaro Carazo y el guerrillero D. J. Roger, conocido por el Roger de Massanet, que era quien al parecer tenia ofrecido sublevar una buena parte del Ampurdan y habia estado encargado de comprar armas y preparar gentes á quienes él debia pagar los primeros dias con la cantidad que al efecto recibió en el mis-

mo París: el segundo batallon debia formarle el jóven y bravo teniente capitan del regimiento de Almansa, D. José Berriz, que iba puede decirse á merced de un tal Pujol, encargado de hacer aquí poco mas ó menos lo que Roger en el otro lado: el tercer batallon le habia de mandar D. Alfredo Vega, teniente de los procedentes del regimiento infantería de Bailen, que á su vez tambien tenia por Mentor guerrero á un Sr. Quet, relacionado en Gerona y parte del Ampurdan, y el cuarto habia de mandarle el bravo teniente Barrios, ya conocido del lector, quien de la propia manera que los otros militares, iba digámoslo así entregado á un señor Gil Cuchet, conocido en la Cerdaña como natural de ella.

Los que habian de formar los tres primeros batallones tenian la órden de invadir el territorio español durante la noche del 15 y el Sr. Barrios durante la del 16 ó 17, sin que sepamos dar la razon de esta diferencia. Entran en España durante la noche del 15 las que podemos llamar tristes sombras de los tres batallones y ¡oh dolor! contra todas las esperanzas de los militares que exponian heróicamente sus vidas, y contra todas las promesas de los que podemos llamar directores Roger, Pujol y Quet, ni se les agrega un soldado, ni viene á asociárseles un solo paisano. La gente (pues ya no se puede hablar de batallon) que procedente de Fran-

cia, llevaban el coronel Pierrad y el capitan Carazo no llegaba á 70 hombres, entre ellos un teniente de infantería de Bailen llamado D. José Martinez y el excelente patriota catalan D. Pedro Viñas, que en su bravura propuso en vano arrojarse sobre la Junquera y, desarmando la guardia civil que allí habia, recoger los fondos de la aduana: todos iban mal armados con escopetas ó fusiles de chispa medio podridos ó inútiles de todo punto, como que se asegura que sirvieron durante la guerra civil. ¡Ese era el cuidado que se habia tenido para proporcionar armas á los que tenian que entrar en el suyo desde extranjero suelo á dar su sangre por la libertad! El peloton de Berriz se componia de 22 hombres, armados de la propia manera que los de Carazo, si se exceptúa un sargento de carabineros que se les agregó, y el que conducia Vega constaba solamente de una docena de sargentos y cabos emigrados. ¡Y Roger habia ofrecido, segun todas las lenguas, que se sublevaria incontinenti una buena parte del país! ¡Y aseguraba que tenia armas regulares para los que entrasen! ¡Y Pujol habia ofrecido mucha gente! ¡Y de Quet se asegura idéntica cosa! ¡Infelices y al propio tiempo heróicos militares que, animados por el mas ardiente patriotismo, entran á batirse teniendo ante sus ojos una muerte casi segura!

A las tres leguas de la frontera francesa el capi-

tan Carazo exige que se pague al pequeño peloton por el Roger de Massanet, quien contesta que no tiene dinero. ¡Y si quieren comer sin saquear á los pueblos los 70 hombres, que luego verán al enemigo, es preciso repartirles 2000 reales que se importa una multa impuesta al párroco de la villa de Massanet por haber vituperado á los liberales desde la cátedra del Espíritu Santo! ¡Y casi lo propio les sucede á los hombres que comandan Berriz y Vega! Y mal pagados, peor mantenidos y muy bien estropeados con 4 ó 6 dias de marchas y contramarchas por un país en extremo escabroso, los 70, y los 22 y los 12, que debieron servir de núcleo á los tres batallones, tienen que refugiarse en Francia, los que mas tarde, á los siete dias, perseguidos por fuerzas triplicadas del ejército, guardia civil y mozos de escuadra, aunque no sin haber sostenido Berriz el 19 un combate de dos horas junto al pueblecito de Plá del Arca contra un batallon de la Princesa con sus solos 22 hombres, de los cuales tuvo dos muertos, y otro mas recio encuentro el dia 22 Pierrad, ya cerca de la frontera y contra la misma fuerza que atacó á Berriz, en cuyo encuentro el bravo Carazo, secundado por el valiente Viñas y el teniente Martinez, dió tales pruebas de valor y serenidad durante tres horas, que, cuando al cabo de ellas, rendido de fatiga, pisó el territorio francés, la oficialidad de la gendarmería, que desde

una altura inmediata habia observado su comportamiento, se le colgó de los brazos, colmándole en medio de un ardiente entusiasmo, de muchas y merecidas alabanzas.

Aun nos espera otro espectáculo, si cabe mas lastimoso que el que acabamos de reseñar ligeramente, hácia la parte de Puigcerdá, de que deberia apoderarse el valeroso teniente D. Juan Barrios para formar en seguida el batallon que llevaria el nombre de aquella plaza. Dejamos ya dicho que el general Prim encargó muy especialmente al señor Barrios que entrara en Puigcerdá y formara dentro del término mas breve posible un batallon, porque por aquel lado habia de entrar él en España, caso de fracasar lo de Valencia: la mision dada á Barrios no podia ser, como se ve, mas importante ni mas delicada: en verdad que era digno de ella por su patriotismo, su honradez, sus servicios y su amor á la libertad.

Veamos los medios que para llenarla se le facilitaron y las gentes y recursos que se pusieron al efecto á sus órdenes. Se le dijo que D. N. Monreal se le presentaria con unos 35 ó 36 hombres perfectamente armados, que tenia á su disposicion en la frontera cerca del pueblo francés llamado el Hospitalet, y que el Gil Cuchet le proporcionaria 200 ó mas hombres que con su prestigio en toda la Cerdaña podia levantar fácilmente, pudiendo armar

á 50 de ellos con un número igual de magníficas carabinas y dos fusiles revolvers en las mejores condiciones : el armamento este se puso en efecto á disposicion de Barrios : se le añadió á este que provistos de fondos así el Monreal como el Cuchet para pagar unos dias á sus gentes, podia con facilidad sorprender la plaza de Puigcerdá, que estaba guarnecida solamente de unos 24 á 26 hombres entre carabineros y guardias civiles. Llevaba Barrios de ayudante al apreciable jóven demócrata D. José Rojas, que no desmerecia á su digno jefe en cuanto á valor y sentimientos patrióticos. Tenian tan solo estos dos jóvenes entusiastas seis hombres en su compañía, ocultos como ellos en un pueblo francés frente de Puigcerdá. Es de advertir que el Gil Cuchet, que habia ofrecido mucho á la gente de Bruselas, cuando llegó el dia de que realizara sus ofertas á Barrios, le dijo que él no podria proporcionar arriba de una docena de hombres decididos y bravos como son los contrabandistas. Con estos 12, con sus 7 y con los 35 prometidos á nombre de Monreal, se decide Barrios á acometer de noche á Puigcerdá : confiaba en su valor y en una sorpresa. Manda, pues, sus órdenes á Cuchet y á Monreal para que se le reunan á las doce de la noche junto á la laguna de Puigcerdá, y recibe contestacion de Cuchet y de Monreal : « *que irian sin falta alguna á sus puestos.* » El Cuchet comparece SOLO : ¡ ni siquiera

un hombre se habia proporcionado!!! Pero al menos fué él á correr el riesgo que los otros ocho. Pasa la hora convenida, y Monreal no parece, y se pasa tambien toda la noche, y Monreal no se presenta, y retirándose Barrios y los suyos del sitio de la cita en esperas de otra ocasion para volver sobre Puigcerdá, logró al fin ver á Monreal, que se le presentó tambien SOLO á las treinta y dos horas despues, disculpándose de que no pudo acudir antes porque le habia extraviado un guia: en cambio dice que para la nueva cita que se le dá solo llevará diez hombres, porque no tiene mas á su disposicion: es la verdad que él nunca habia ofrecido otra cosa: ¿por qué otro habia ofrecido en su nombre? Va el asendereado Barrios al sitio de la nueva cita dada por él en su calidad de comandante, que lo fué la *Mare de Deu del Remedio* en las cercanías de Puigcerdá, para ver si, con los 10 hombres prometidos por el Monreal, y los 8 suyos y algunos paisanos que cree poder agregarse, acomete aun esta plaza sorprendiéndola de noche con la apariencia de conducir mas gente que la que llevaba; pero ¡oh nueva é imprevista desgracia! el Monreal, que iba ya por fin á la cita montado en un caballo, cae de este antes de tocar el suelo español y en una disposicion tal que se lastima una pierna, y tiene que ser conducido para su curacion al caserio mas próximo. Al verse otra vez Barrios acompañado sola-

mente de sus 8 hombres, pues ignoraba el contratiempo de Monreal, propone á su pequeño peloton recorrer toda la Cerdaña en la idea de sublevarla por la causa de la libertad. Aceptado el pensamiento del jefe, penetraron los 9 intrépidos liberales en la Cerdaña, que recorren pueblo por pueblo; pero aunque arengan en honor de Prim, y de la patria, y de la libertad y de los objetos mas venerandos, haciéndolo Barrios en castellano y Cuchet en catalan, ni un solo hombre se les agrega, ni un solo liberal tropiezan que quiera seguirlos, ni un solo *retirado en el Aventino* se digna descender de él!!!

¡Ah! ¡qué de sentimientos no inspira, á qué de reflexiones no da lugar el espectáculo de contemplar á este teniente Barrios, á este bravo oficial que habia traido á la emigracion un regimiento entero de infantería, recorriendo la Cerdaña alta y baja en busca de gente que se le agregue para ver si con ella puede ganar á Puigcerdá, y no encontrando ni un solo hombre que le siga y sí gentes sencillas que, llenas de conmiseracion hácia él y los suyos por los terribles riesgos que corren, exclaman: *á donde van estos* 9 *infelices, si los van á matar*, tiene al fin que retirarse el 23, lleno de dolor, con el corazon angustiado y el alma herida á territorio francés, en donde salva sus 8 compañeros, que solo habian recibido para su estancia antes y para la campaña 15 duros por plaza?

Tal era el estado que presentaba la frontera el dia 23 de agosto al acercarse á ella Prim: ni un solo hombre armado por la revolucion; la plaza de Puigcerdá guarnecida ya por unos 70 hombres entre carabineros y guardias civiles y dos batallones de tropa acantonados hácia la parte superior de Figueras. En verdad no se hubiera podido hacer peor que lo que aquí se hizo para preparar la revolucion, ni era posible que se hubiesen tomado tampoco peor las medidas que se tomaron para que por este lado fracasara la empresa de una manera tan fatal y completa. ¡Qué dolor! No habia aquí, es cierto, un Váro destrozado con todas sus legiones, y por lo tanto no cabia un Augusto que, trastornado por la gran catástrofe, pidiese el imposible de que se le devolvieran: ¿pero no hay una cosa un tanto parecida, por la cual, aun cuando tambien en vano, pudiera demandar entristecida y llena de dolor una gran parte de los partidos liberales aunque no fuera mas que la devolucion de sus ilusiones...? Mas es ya tiempo de ver lo que, mientras esto sucedia en la frontera catalana, pasaba en todo el resto del Principado.

VI

Continuacion del movimiento de Cataluña. — Principales guerrilleros. — Baldrich y Targarona.

Fieles á la consigna recibida, casi todos los guerrilleros, que con anticipacion habian entrado en España, varios de ellos condenados á muerte por los sucesos de enero y junio, segun dejamos ya consignado, dieron la señal de la sublevacion general en la noche del 15 al amanecer del 16 de agosto, levantándose, quien con mas, quien con menos gente, en el llano de Barcelona y en casi toda la provincia de Tarragona.

Se ha hablado mucho, exagerándole, del número de combatientes que en los primeros momentos salieron al campo en busca de una libertad, tantas veces pedida como negada en la prensa y en la tribuna: se ha dicho que en la provincia de Tarragona la sublevacion contó en los primeros dias con doce ó catorce mil hombres y con casi la mitad en el llano de Barcelona. Nosotros no creemos que el número de pronunciados alcanzó aquellas sumas; pero es de creer, y así lo atestiguan hombres for-

males que se hallaron en el lugar de la escena, que en la provincia de Barcelona hubo unos dos mil sublevados y que en la de Tarragona se llegaron á levantar contra el gobierno mas de seis mil hombres; que este número hubiera sido mucho mayor á haber armas, y que si llega á entrar el general Prim en Cataluña á iniciar la revolucion hubiese ido hasta la plaza de San Jaime de Barcelona acompañado de ochenta á cien mil combatientes catalanes, mal armados se supone, pero con la victoria segura en las puntas de sus picas, sus bayonetas, sus espadas, sus chuzos, sus hachas y sus otros instrumentos ofensivos y defensivos, porque contra 100 000 hombres, que en su actitud guerrera representan la opinion unánime del país, no hay generales ni soldados á quienes no se les caigan de las manos las espadas y los fusiles. ¡Y estando así Cataluña y hallándose la España entera en muy parecida situacion, se lucha aun contra la corriente y se sigue el mismo sistema de represion y de escándalo, de intolerancia y de despilfarro, que tiene al país esclavizado y empobrecido dentro, deshonrado y envilecido fuera! ¡Qué locura! ¡qué obcecacion! El que crea que esos elementos en combustion han desaparecido, es ciego: se han inutilizado por algun tiempo, pero no se han destruido ni destruirse pueden; están en pié y estarán ínterin no se varíe radicalmente de política.

Y tan unánime era la opinion de toda Cataluña en favor del movimiento revolucionario, que en algunos pueblos salieron, mandando 200, 300 y mas sublevados, ricos propietarios, hombres rodeados de toda clase de comodidades, como el Sr. Rius y otros, que prefirieron exponer heróicamente sus vidas antes que presenciar el envilecimiento de su patria.

Entré los militares mandados de la emigracion á la provincia de Tarragona para organizar el paisanaje se distinguian, ademas del comandante general Lagunero, los brillantes jóvenes D. Enrique Martí, ayudante que habia sido del batallon de Barbastro, D. N. Falcó, procedente de la escuela de estado mayor, D. N. Pino, que del destierro de Durango se fué en union del coronel Baldrich á pelear por la libertad á Cataluña, D. Francisco Verges y otros. Entre los guerrilleros se encontraban don Jaime Ambort, Escoda, Armentel de Villafranca, un hermano de Baldrich, Torrebadel, Saqueta y D. B. Ferrer, conocido por el Benet de Cambrils.

Al frente de la sublevacion de Barcelona se puso Baldrich, que tuvo á sus órdenes las partidas de D. Francisco Targarona, D. N. Casanova y D. Manuel Magallon, otro de los oficiales de Almansa que, aun cuando condenado á muerte, se lanzó intrépidamente á los llanos de Barcelona 15 dias antes de empezar el movimiento para reclutar su gente y darla una pequeña organizacion.

Los nombres de Baldrich y Targarona son hoy con razon los mas respetados y queridos en Cataluña: es que el pueblo generalmente hace justicia á sus buenos defensores.

Baldrich no necesita llevar un nombre ilustre de abolengo: como el griego de la antigüedad, él ha enaltecido el suyo, sobre todo en los últimos sucesos, de una manera extraordinaria. Trabajando por la regeneracion de su patria desde el año de 1830, en que tomó parte con Mina en el movimiento contra el tirano Fernando VII; haciendo toda la guerra civil; defendiendo la libertad cuando la junta central de 1843; sosteniéndose once meses con poca gente en Cataluña los años de 1848 y 1849 en favor de las ideas republicanas y militando siempre en las filas reformistas, hoy desterrado, mañana perseguido, al otro dia indultado y siempre desatendido, logró por fin, al pasar ya de los 50 años, el ascender hasta coronel del ejército: en este concepto estaba desterrado en Durango cuando al acercarse los últimos acontecimientos, quebrantando su destierro, se vino á Francia por Irun y en seguida se entró en Cataluña por la frontera de Perpiñan para ocupar su puesto de comandante general de Barcelona desde los primeros momentos. Lo que él ha hecho ha tenido ocasion de verlo y admirarlo la España: perseguido por una porcion de columnas del ejército, él se ha burlado de todas con mil y

pico de paisanos mal armados y peor disciplinados, y si ha plegado su bandera, disolviendo su pequeña fuerza, ha sido precisamente el 12 de setiembre, QUINCE DIAS DESPUES que *todos* se habian retirado, y cuando convencido hasta la evidencia de que el general Prim no entraba en España ni nadie saldria ya á ayudarle, el prolongar la lucha hubiera constituido una temeridad criminal. Prudente, reservado, activo, infatigable, á pesar de sus 53 años, tiene Baldrich la cualidad de la franqueza, que tan bien sienta en un soldado, y la de la honradez, que se ve retratada en su rostro noble y un tanto venerable á causa de la barba cana que le adorna. Diremos por último aquí que la familia de Baldrich, al revés que otras que por sus hechos son malditas para todo buen liberal, ha dado un gran contingente en los últimos acontecimientos : ademas del D. Gabriel, han tomado parte en ellos dos ó tres hermanos, uno de los cuales se escapó al efecto de su confinamiento de Canarias y otro entró en España procedente de la emigracion.

Nos honramos, lo propio que con la de Baldrich, aunque la de este es mas antigua, con la amistad de Targarona, de quien debemos decir cuatro palabras. Demócrata consecuente, honrado á toda prueba, enemigo de farsas y de farsantes, tipo de prudencia y de valor, laborioso, franco y leal hasta el mayor extremo, es Targarona y no puede menos

de ser amado de cuantos le tratan un poco, porque, sobre sus bellísimas cualidades morales, tiene un rostro noble y una figura simpática, que retratan perfectamente la bondad de su alma. Compañero inseparable de Baldrich durante el mes escaso que ha estado al frente de Barcelona, con él ha corrido los riesgos mas terribles hasta lograr su salvacion en Francia y con él comparte hoy las penas de la emigracion, porque es de saber que Targarona, ademas de las buenas condiciones que le dejamos justamente reconocidas, posee en un grado admirable la de ser un excelente amigo.

Segun arriba dejamos consignado, todos los guerrilleros de las provincias de Barcelona y Tarragona cumplieron como leales y buenos con sus compromisos, lanzando el grito mágico de libertad en la noche del 15 de agosto. El buen Baldrich le dió á las puertas de Barcelona con solo SIETE hombres, los cinco armados y los dos desarmados; Targarona salió de la capital del Principado con pocos hombres tambien, Casanova con menos y Magallon con 70 ó 75 que habia reclutado en Sabadell y pueblos inmediatos; pero á los dos ó tres dias, Baldrich tenia á sus inmediatas órdenes unos 400 ó 500, Casanova unos 150, Targarona unos 500 y Magallon 400 y pico.

Al aparecer Baldrich en campaña, el 16, dió la siguiente proclama:

¡LIBERALES!

Ha sonado la hora de la revindicacion política. En estos momentos resuena ya en toda España el grito de ¡ABAJO LO EXISTENTE! Este es el lema. La revolucion es santa, simultánea y segura. Su objeto es derrocar á un gobierno inmoral y opresor, que únicamente arruina y espolia á la nacion chupando los sudores y la sangre de sus hijos.

Se ha dicho que la revolucion es santa y reparadora. A su frente se hallan hombres eminentes, esforzados y de gran categoría militar. No la teman los hombres de bien, porque respetará los intereses creados y todas las carreras, así civiles como militarés. Se conservarán los grados, y aun se ascenderá segun sus servicios á los jefes y oficiales que secunden la santa causa porque combatimos, y la clase de tropa obtendrá sus licencias absolutas luego de haber triunfado. La patria os llama y no desoigais su grito de dolor. ¡Ay del que hostilice!...

Estas son las instrucciones que me ha dado nuestro general en jefe, D. Juan Prim, que á estas horas está pisando el suelo patrio, al nombrarme comandante general de esta provincia de Barcelona.

¡Viva la soberanía nacional! Viva la patria!

Campo de honor, 16 de agosto de 1867.

El coronel GABRIEL BALDRICH.

Baldrich nunca pudo disponer de una fuerza, contando las cuatro partidas, que llegara á 2000 hombres; no porque no hubiese podido reunir él con su prestigio cuatro, cinco ó seis mil combatientes, sino porque no se les quiso agregar, en atencion á que no tenia dinero para mantenerles, y la órden dada á todos los guerrilleros catalanes era, que no se exigiera una cosa á los pueblos sin pagarla adelantada. Pero con esa pequeña fuerza ¡cosa extraña y que tanto honra á Baldrich! logró tener en jaque á seis ó siete fuertes columnas del ejército realista, destacadas en su persecucion, algunas de ellas con

artillería, sin salir él del radio de cuatro ó cinco leguas, á la vista de Barcelona, y teniendo siempre su cuartel general en el pueblo de Piera, á seis horas de aquella ciudad

En la provincia de Tarragona los sucesos presentaban en los primeros momentos mayor gravedad para el gobierno, á causa del número grande de sublevados; pero desgraciadamente para el movimiento, no se vió allí la unidad de accion que era tan indispensable para obtener el triunfo: por un lado algunos guerrilleros, ó no recibieron las órdenes del comandante general, porque se extraviaron los conductores de ellas, ó no tuvieron por conveniente obedecerlas; el resultado es que no se acudió á una cita que podia haber producido excelentes efectos : por otro lado hubo, como en todas partes, el fruto maldito é infalible que dan de sí las farsas: el ayudante Martí se vió, como varios en otras partes, indignamente burlado, sin que ni él mismo sepa á qué ni á quién atribuir la culpa de lo que le sucedió: se habia prometido con anticipacion á este bravo oficial, condenado á muerte injustamente por los sucesos del 22 de junio, como que le condenaron por tomar parte en ellos *y no se hallaba en Madrid dicho dia*, que una persona le llevaria cincuenta onzas de oro para mantener su gente, y todavía no han parecido ni la persona ni el dinero! Otros guerrilleros levantaron menos gente que la

prometida en sitios donde convenia levantar mas, y otros tenian á la suya malamente armada y peor socorrida. Sin embargo de tales contratiempos, inseparables en mas ó en menos de todos los movimientos populares, el valiente y honrado Armentel de Villafranca, el hermano de Baldrich, Escoda, los jóvenes militares Martí y Falcó y dos ó tres ricos propietarios de Villanueva y Geltrú y de otros pueblos, se vieron en los primeros dias al frente de fuerzas respetables, y tanto, que las del gobierno no se atrevieron á atacarlas. Solo faltaba la aparicion de Prim en cualquiera parte, y los 6000 sublevados de Tarragona se hubieran convertido en 40,000, como los de la provincia de Barcelona en mayor número; pero Prim no entra; nadie se pregunta por la causa de su ausencia, mas todos se fijan en el hecho material de ella, y surgen de aquí los juicios mas temerarios, y llueven las acusaciones mas atroces, y se lanzan las mas terribles imprecaciones, y los ánimos decaen, y la desorganizacion entra, y tras de la desorganizacion viene infaliblemente la disolucion; y aprovechando el gobierno todo esto, tiene el buen pensamiento de dar una amnistía, y mas de las tres cuartas partes de los sublevados se acogen á ella, aconsejados por la mayoría de sus jefes, que se ocultan para escapar de una muerte cierta en los dias 25 y 26 de agosto, á los diez ú once de haberse iniciado el movimiento.

A todo esto, las provincias de Lérida y Gerona no habian dado un solo individuo á la revolucion, fuera de las cuatro docenas de hombres que se unieron á Contreras en el valle de Aran, y algunos á Carazo cerca de la Junquera.

Aquí es ya tiempo de historiar una cosa de inmensurable trascendencia, porque de ella se hacia depender tambien, para un caso dado, la suerte del movimiento. La responsabilidad del ó de los culpantes es inmensa: que hay un culpante seguro es cosa averiguada; falta saber quiénes son los otros: el tiempo lo dirá. Narremos.

Para en el caso que el general Prim encontrase la frontera libre de sublevados, habia dispuesto de antemano que se acercaran hácia las montañas de Berga, á fin de recibirle y marchar en seguida sobre Barcelona ó sobre el campo de Tarragona, segun se lo aconsejaran las circunstancias, tres partidas que deberian ser las siguientes: una de Lérida, que mandaria en persona el mismo comandante general señor Gaminde, otra de la provincia de Barcelona, que mandaria D. Eduardo Casanova, y otra de la de Tarragona, que mandaria asíbien el citado Benet de Cambrils: las tres partidas, saliendo de sus diferentes puntos, deberian reunirse del 22 al 24 de agosto cerca de Berga, en donde Gaminde tomaria el mando de todas ellas para proteger la entrada del general en jefe. El citado Gaminde, que

habia entrado de incógnito en la provincia de Lérida, no pudo, á pesar de todos sus esfuerzos, reclutar *un solo hombre*; el Benet de Cambrils, que tenia una partida de algunos cientos de combatientes, no se movió de la provincia de Tarragona, sin que sepamos la causa que le obligase á faltar así á las órdenes que al parecer tenia recibidas del mismo Prim en persona; y en cuanto á Casanova, lejos de cumplir el mandato que tambien habia recibido de Prim y el que, en confirmacion, le dió el valiente Baldrich al entregarle una pequeña cantidad de dinero, y contra la palabra formal que empeñó al último de salir con su partida hácia Berga, se encaminó para los alrededores de Barcelona, y allí se acogió con toda su gente á la amnistía.

Reasumamos. El general Prim se encaminó á Valencia, y encontró las puertas cerradas; se dirigió á la frontera y la halló sin un hombre pronunciado por la libertad, y esperando en los primeros momentos la venida de las tres partidas de Lérida, Tarragona y Barcelona, supo respecto de la de Lérida que ni siquiera habia que soñar con ella, y empezó á dudar del arribo de las otras dos, por cuanto no se habia realizado, á pesar de sus órdenes, en los dias 23 y 24 de agosto. ¡Cuánto contratiempo! Pero el curso de los acontecimientos nos llama ya á otra parte.

VII

Pierrad y Contreras. — El coronel Moriones. — Movimiento en Aragon. — Ataque de Linás de Marcuello. — Los que ganan salen perdiendo. — Expectacion de Zaragoza y de todo el país. Expedicion del general Contreras por el valle de Aran y luego por el alto Aragon.

¡Qué campaña la de Aragon! El alma se cae á los piés cuando se considera que de ella, á pesar de todos los contratiempos que dejamos relacionados, pudo salir triunfante la causa de la libertad, y al fin vino á terminar de una manera parecida á como finaliza el Rhin que, siendo grande y magnífico en toda la Alemania, se vá á morir raquítico y despreciable en el mar de la Holanda.

El jefe superior nombrado en Bruselas para hacer la revolucion de Aragon, fué el general D. Blas Pierrad, valiente, infatigable, instruido, caballeroso en eminente grado, atento con todo el mundo hasta un extremo casi inconcebible y complaciente por bondad de carácter mas de lo que conviene á un general. Pero por una de esas peripecias ó contrariedades, tan comunes en las guerras, no veremos operar solamente en el Aragon al general Pier-

rad, sino que tambien contemplaremos al que estaba designado como capitan general de Cataluña, general D. Juan Contreras, militar franco y honrado, sencillo como la misma sencillez, duro como un roble á pesar de sus 60 años, bravo sin segundo como lo acreditó durante la guerra civil, en la que logró pasar por una de las mejores espadas del ejército liberal, y bondadoso como todos los nobles corazones hasta el punto de no tener nada suyo, segun comunmente se dice. Estos dos valerosos generales, despues de recibir sus órdenes en Bruselas, se encaminaron cada uno por distinto rumbo hácia la frontera española, Contreras para entrar por el Valle de Aran, provincia de Lérida, limítrofe al Aragon, y Pierrad por la parte de Canfrac, camino de Jaca, Huesca y Zaragoza. El 15 por la noche ambos cumplieron lealmente su cometido de la manera que verá el lector.

Venia trabajando desde el territorio francés hacia ya algunos meses con una fuerza de voluntad pasmosa á los carabineros de la frontera, á la plaza fuerte de Jaca y á los valientes montañeses de Hecho y Ansó, el coronel D. Domingo Moriones, espíritu revolucionario infatigable que, impulsado por su amor á la libertad, se ha hecho notar en todos los alzamientos en favor de esta, desde el de Sevilla en 1848 pronunciándose al frente de su escuadron de caballería hasta el que estamos historiando. Por

estos trabajos de Moriones, por sus relaciones en todo el Alto Aragon desde el Ebro á Francia y por su conocimiento del país, mereció que en Bruselas se le designase como segundo de Pierrad. Viene la tarde del 15 de agosto y Moriones franquea la frontera con unos 70 hombres, entre ellos tres ó cuatro militares, dirigiéndose sobre los inmediatos valles de Hecho y Ansó, y recogiendo á su paso dos compañías enteras de carabineros con su oficialidad, que de antemano tenia comprometidas para la revolucion, habiéndose citado antes Pierrad y él para su reunion en un punto dado. El general Pierrad, que estaba escondido en una casa de campo de Peyronera (Francia), recibe la noticia al anochecer del 15 de que la policía francesa le sigue la pista para impedirle la entrada, y aprende ademas que la gendarmería le ha hecho presos á casi todos sus oficiales : nada puede intimidar al valiente que ha consagrado su vida á la causa liberal, y con un arrojo extraordinario y solo propio de los corazones fuertes, sale del sitio donde está oculto, y seguido únicamente de su jefe de estado mayor D. Antonio Zapino, del capitan de caballería D. Constantino Galindo, de su secretario el capitan Sr. Rebilla y de un zaragozano llamado D. José Gimeno, logra pisar el suelo de la patria y se presenta intrépido á las mismas puertas de Canfranc, junto á las que se le reunen 6 carabineros. ¡Con solos 4 hombres

hizo su entrada en España el que tan brava como desgraciadamente mandó la que puede llamarse batalla de Madrid del 22 de junio de 1866! Arrojo inaudito y á un tiempo accion mas que heróica! Antes de posesionarse de Canfranc dió é hizo dar el grito de ¡*viva la libertad*! á su pequeño peloton de 10 hombres, y á tan mágica frase el capitan de carabineros Cienfuegos, los oficiales y soldados de su compañía se le unieron gustosos, y con ellos y algunos jóvenes entusiastas de la misma villa logró ya formar una columna para lanzarse con ella y con la que á corta distancia tenia Moriones al centro de Aragon.

Consignemos aquí los nombres de los oficiales del estado mayor de Pierrad que fueron presos al querer pisar el territorio español: D. José Ayuso, D. Eduardo Guichot, D. Lorenzo Lacasa, D. N. Muñoz y el primer médico del regimiento infantería de Bailen, Sr. Esbric: conducidos á Pau por la gendarmería francesa estos oficiales, lograron escaparse, entrando Ayuso en España para unirse á Pierrad al frente de Jaca y haciéndolo por Irun Guichot, Lacasa y Muñoz para ir en seguida á Zaragoza y Barcelona, desde donde regresaron á Francia corriendo en su larga expedicion inmensos y terribles riesgos. ¡Y todos estaban y están condenados á muerte! El facultativo Esbric tuvo la desgracia de ser preso otra vez y conducido á Bourges.

Reunido Pierrad á Moriones unas horas antes de Jaca, se encontró al frente de 700 hombres, la mitad próximamente carabineros y la otra mitad paisanos, los últimos contrabandistas en su mayoría de los valles de Hecho y Ansó, grandes tiradores, hombres bravos y robustos, habituados á toda clase de fatigas. La plaza de Jaca, con la cual tenia Moriones alguna inteligencia de antemano, no correspondió á las esperanzas que en ella se habian fundado, y la columna tuvo que pasar á su vista sin hostilizarla ni ser hostilizada: siguió luego su movimiento hácia el Sud en la idea de inclinarse despues á la derecha para reclutar gente por Cinco Villas, en donde Moriones goza de un merecido prestigio, cuando el 22, rendida ya de cansancio por las marchas que habia tenido que hacer sobre un país tan escabroso como las montañas del Pirineo en el Alto Aragon y con muchos carabineros y paisanos estropeados por falta de alpargatas, tuvo que hacer alto para descansar y racionarse en el pueblo de Linás de Marcuello, cerca de Ayerbe, á unas cinco leguas de Huesca y doce ó trece de Zaragoza.

Seria la una de la tarde del citado dia 22, cuando Pierrad recibió el aviso por sus avanzadas de que una de las varias columnas que el gobierno habia mandado en su persecucion, se encontraba cerca del pueblo, compuesta del batallon cazadores de Ciu-

dad-Rodrigo, alguna guardia civil y una fuerte seccion de caballería. Tan cerca se hallaba elenemigo, que Pierrad no tuvo mas que el tiempo preciso para que se formasen á la salida del pueblo tres líneas con la mitad de la fuerza, dando las órdenes convenientes para que la otra mitad se formase y acudiera lo mas pronto posible, como así se verificó, á reforzar aquellas, á fin de batir fácilmente al enemigo, que traia á su frente al bravo general Manso de Zúñiga. Rompióse el fuego por ambas partes, y ocurriendo en las gentes de Pierrad un accidente que Manso de Zúñiga interpretó prudentemente como una huida de los liberales, este acometió con intrepidez al frente de la caballería y seguido de la infantería, cuando al instante se encontró con la 2ª línea y luego con la 3ª, las que haciendo un fuego nutrido y certero, le hirieron de muerte, ocasionándole además doce ó catorce muertos y veinte y tantos heridos. La caida de Manso de Zúñiga de su caballo produjo un efecto moral terrible en la columna, en términos que la desconcertó totalmente, y si bien sostuvo el fuego despues de ver muerto al jefe durante dos ó tres horas, lo hizo ya sin órden ni concierto, para al fin pronunciarse en retirada, abandonando sus heridos al enemigo. Si Pierrad tiene una seccion de caballería, es seguro que hace prisionera á toda la columna de Manso ; pero còmo no la tenia, no pudo perseguirla en su retirada. La

victoria quedó, pues, por el general Pierrad, quien desde el dia de ella pudo ya llevar con gloria y escribir en su hoja de servicios el título de vencedor de Linás: este título le costó dos heridas en una pierna y costó á su fuerza la muerte del bravo oficial de carabineros don Francisco Albayá y la de ocho individuos de tropa y paisanos y además doce ó trece heridos.

Pero ¡oh desdichada suerte de la revolucion! aun no se habia triunfado, y el que seria á las tres horas vencedor, podia contarse vencido! Al empezar la accion, el general Manso de Zúñiga observó en el enemigo un extraño movimiento, que le hizo arrojarse, segun dejamos expuesto, intrépidamente contra él. ¡Era porque, en aquel instante solemne, cuando todo combatiente debia sentirse entusiasmado para dar su vida por la libertad ó conquistarla al precio de su sangre, un teniente capitan de los emigrados que procedente de Paris habia entrado con Moriones en Aragon, fuese por mala inteligencia (que no comprenderíamos) ó fuese por un miedo (que no habria palabras bastante duras con que calificar) da la señal de la desercion á toda la gente que mandaba y, echando á correr, en vez de hacer fuego, arrastra tras sí á unos 150 carabineros, que ya se llamaban á engaño antes de arribar á Linás, y á otros 100 paisanos, que tampoco veian claro, porque en los ocho dias trascurridos

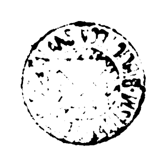
desde su alzamiento, ni tenian noticia dela entrada de Prim en España, ni del pronunciamento de una sola ciudad. Los 250 hombres y mas que siguieron el ejemplo del teniente se dispersaron para entregarse al gobierno, menos unos pocos que con aquel ganaron el territorio francés.

La columna de Pierrad se vió reducida, despues de la victoria, á unos 400 hombres, y cuando todos se contaron y vieron que eran muchísimos menos que antes de vencer, se consideraron vencidos, y con esto entró el desaliento y luego la desorganizacion, que disolvió la columna como si esta hubiese sido de humo. ¡Triste suerte, volvemos á decir, de la revolucion! ¡Desventura inmensa la de la España liberal! Al revés de la Italia que, vencida por tierra en Custoza y por mar en Lysa, gana el Véneto y se constituye en nacion libre de veinte y cinco millones de habitantes, y se coloca en disposicion de ir hoy ó mañana sobre Roma, la España liberal vence en Linás, y en el acto mismo de la victoria se encuentra derrotada y, lo que es peor, impotente. Que no se dé la desercion que se dió, y Pierrad marcha sobre Huesca y luego sobre Zaragoza, que le abre sus puertas de par en par.

Ninguna ventaja, absolutamente ninguna, proporcionó á la causa de la libertad el triunfo de Linás, que debió ser como la chispa eléctrica preparada para producir un inmenso incendio. Aunque

el mismo gobierno la anunció á la Europa, desfigurándola un poco como era de esperar, ninguna poblacion de España se movió: Zaragoza, dentro de cuyos muros puede decirse que resonó el grito de victoria; Zaragoza, que vió pasar por sus calles el cadáver ensangrentado de Manso de Zúñiga, permaneció tranquila, ¡eso que no tenia mas que 600 ó 700 hombres de guarnicion! ¡Huesca permaneció tranquila! Y la España liberal siguió retirada en el Aventino, esperando... ¿qué? ¿la venida de Prim? Bueno que la esperase; pero para fiarlo todo de él, hubiera obrado con cordura no saliendo de la ciudad á tomar los aires puros ó amiasmados del célebre monte.

Despues de la victoria de Linás, mermada la columna en los términos que ya dejamos expuestos, retrocedió como en espectacion, aunque colocándose entre Jaca y Huesca, esperando cualquier acontecimiento en estas dos ciudades, en Zaragoza ó en otro punto de España, para venir á parar al cuarto ó quinto dia á San Julian, á donde pensó pernoctar; pero perseguida vivamente por otras columnas que venian en diferentes direcciones, y no recibiéndose noticia alguna favorable, se acordó salir de dicho pueblo. Emprendió Moriones el primero la marcha, saliendo tras él, á los pocos momentos, Pierrad; pero una equivocacion de un guia condujo al general por distinto rumbo que el que llevaba





su segundo, quien ya continuó solo unos dias sobre el campo con 300 y pico de hombres, cada vez mas desorganizados, y Pierrad, con unos 30 ó 40, tuvo que refugiarse en Francia el 27 ó 28, haciendo aquel lo mismo cuando vió que de nada podia servir ya á la causa de la libertad, porque de los 300 y pico de hombres solamente le habian permanecido adictos unos 100 en aquellos dias de prueba, que fueron los últimos del mes de agosto.

Veamos lo que mientras tanto habia hecho el general Contreras. Presentóse este bizarro gefe el 15 de agosto por la noche en el pequeño pueblo de Bosost, correspondiente al valle de Aran, limítrofe al Aragon, acompañado de cuatro oficiales y de don Ramon Castejon, demócrata de Lérida: les aguardaban en dicho pueblo 24 carabineros, bien armados, bajo el mando de su sargento don N. Buriano, de quienes puede decirse que siempre fueron el sosten de la columna. A las pocas horas de llegar Contreras á Bosost se le unieron, viniendo por otro camino que él, el comandante de infantería D. Cárlos Denis, cuatro oficiales emigrados, los paisanos don Pedro Castejon, D. Ambrosio Gimeno, D. M. García Marques (quien despues recorrió, hasta los primeros dias de setiembre, la Cerdaña, con el llamado Comella de Tuchent y unos cuantos amigos) don Alberto Camps, D. N. Rosell y otras 30 ó 35 personas que del interior subieron á la misma frontera para

recibir á los que de extranjero suelo iban á dar su sangre por la libertad de la patria. Este pequeño grupo, que componia un total de 75 ó 76 hombres, se vió todavía aumentado, en aquella misma noche, con otros paisanos de antemano comprometidos, que hicieron subir el número de los sublevados á 150, entre los que se contaban, ademas de los paisanos y oficiales mencionados, el comandante de caballería don Luis Lamar, el de infantería señor Padial, los capitanes Piñol, Seco, Romero, Sorribes, Velarde y Blanco y el facultativo Sr. Gili.

Los paisanos que se presentaron sin escopetas fueron armados con sesenta fusiles y cartucheras que tenian para el caso los señores Castejones: desgraciadamente los fusiles eran viejos y, como recompuestos, no ofrecian la mayor seguridad.

Reunida la pequeña columna á poco mas de medianoche del 15, el general dió la órden de avanzar, y á las voces de *¡viva la libertad! ¡viva la soberanía nacional!, ¡abajo quintas y contribucion de consumos!* emprendió la marcha para Viella, capital del valle de Aran, á donde llegó á las seis de la mañana del 16, siendo perfectamente recibida por toda la poblacion.

Como el plan de Contreras, de acuerdo con las órdenes recibidas en Bruselas, era ganar pronto el valle del Noguera y la llamada Conca de Tremp, para atravesar la provincia de Lérida é irse sobre la de Tarragona, dejando tras de sí el estrecho valle

de Aran con sus formidables montañas y enormes desfiladeros, despues de dar á su reducida columna la conveniente organizacion, marchó á las dos de la tarde del mismo dia 16 en direccion del sudeste: siguió en el propio sentido los dias 17 y 18, en que sortuvo, cerca del pueblo de Llombocí, un recio choque con una columna del gobierno, compuesta de carabineros y mozos de escuadra; causándola una baja de 6 ó 7 hombres, y viendo que nadie se le agregaba, que las fuerzas del gobierno se aumentaban, viniendo de distintos puntos en su persecucion, y que las armas de su gente, fuera de las de los veinte y cuatro carabineros, no servian para sostener una accion que durase algunas horas, determinó regresar á Viella, lo cual verificó el 20 por desfiladeros casi inaccesibles y con la ventaja de no haber perdido un solo hombre.

Puesto de nuevo en Viella, y convencido de que no le era posible penetrar en el corazon de Cataluña por el valle de Aran, determinó hacerlo por los puertos de Benasque: á esta pequeña fortaleza, situada en la punta N. E. del Alto Aragon, se dirigió, pues, con sus ciento cincuenta valientes el dia 21, haciendo una marcha mas que penosa, y en la cual todos, así como les sucedió en los anteriores dias, tuvieron ocasion de admirar la naturaleza verdaderamente de hierro del bueno y anciano general. En Benasque se encontró Contreras con lo que podia

llamarse desgraciado resto de la partida del comandante Sasot, quien con otros habia regresado á Francia en los primeros dias del alzamiento. Ese resto se componia de cinco sargentos de artillería, condenados á muerte por los sucesos del 22 de junio, de un oficial procedente del regimiento del Príncipe, del capitan de Almansa Sr. Fontela, del paisano D. Santiago Gutierrez y de unos 20 voluntarios mas, que en su mayor parte, sino todos, procedian de la emigracion de Bayona y sus alrededores. Reforzada con estos bravos la columna, se lanzó Contreras hácia el centro del Alto Aragon, logrando llegar hasta la importante villa de Boltaña: aquí supo con dolor la desorganizacion de la columna de Pierrad despues de su victoria de Linás, y viendo entonces que ni se pronunciaba Huesca, de la que distaba menos de diez leguas, ni se le aumentaba su pequeña columna, y que, antes por el contrario, venian en su persecucion varias del gobierno y sobre todo una que le andaba á los alcances, compuesta de dos batallones de infantería completos y bien armados, dió órden de regresar á Benasque, adonde entró el dia 29. Dando á su gente un pequeño descanso, la encaminó á dormir á campo raso á un cuarto de hora de la frontera. ¡Aun conservaban estos valientes ese resto de esperanza que no se pierde hasta momentos despues de tocar la triste realidad de la desgracia! Pero el 30, sobre las

diez de la mañana, el enemigo, que le habia perseguido sin descanso desde Benasque, se le presentó delante, haciéndole un terrible y no interrumpido fuego. El bravo general dirige, un tanto conmovido en estos momentos supremos, cuatro palabras á sus compañeros de infortunio, y les hace con cierta elocuencia ver que como buenos liberales deben quemar hasta el último cartucho en honor de la causa antes de entrar en Francia. Compréndenlo así todos, y aunque ganando paulatinamente terreno hácia la frontera, se baten con valor en retirada, pasando por entre dos enormísimas montañas, y un poco antes de tocar el suelo francés, ¡pobre jóven! cae herido mortalmente de un balazo en el costado izquierdo el ayudante del general, D. Julio Velarde, cuyo cadáver recogen piadosamente y traen consigo para darle sepultura en Bañeras de Luchon, adonde entran á las cuatro de la tarde del citado dia 30, siendo recibidos con marcadísimas muestras de simpatía por toda la poblacion y por los extranjeros que la habitan, y con no pequeña dureza por la gendarmería.

El general Contreras entró en territorio francés con un capital de *veinte francos*.... ¡Tambien el general Pierrad habia entrado casi al mismo tiempo que él con una onza de oro en el bolsillo, repartiendo tres de las cuatro que tenia á sus ayudantes! Así proceden, dando ejemplos de probidad insigne, los generales de la revolucion.

VIII

Movimiento en Béjar y en otros puntos de España.—El general Prim en la frontera de Cataluña. — Se aproximan á ella los Sres. Ruiz Zorrilla, Sagasta, Becerra y García Ruiz. — Retirada.

Mientras los anteriores sucesos tenian lugar en Aragon y Cataluña, Béjar, la ciudad mas industriosa de Castilla la Vieja, situada en el confin de Extremadura entre ásperas sierras y perteneciente á la provincia de Salamanca, daba un alto ejemplo de valor cívico al resto de la España, levantándose en favor de la libertad como lo habia hecho en enero de 1866, en cuya época se quedó absolutamente aislada en su empresa. Entonces, merced á la prudencia y buenos sentimientos de su autoridad local, secundada tambien por el gobernador de Salamanca, que era una excelente persona, no tuvo que lamentar desgracia alguna. Cuando el general Prim entró en Portugal, se echó un velo sobre lo sucedido, y lo que habia sido un acto de rebelion, se calificó como un motin de localidad, y á virtud de esto ningun patriota fué molestado en lo mas mínimo. Al alzarse ahora Béjar de nuevo en pró de

la libertad, obedeció al impulso de su ardiente patriotismo; pero viendo que ninguna otra pobla cion de Castilla imitaba su ejemplo y que, trascurriendo los dias, el movimiento tocaba á su fin en Cataluña y Aragon, se acogió al indulto concedido por el gobierno, marchándose en direccion de Portugal las personas que se creyeron más comprometidas por su iniciativa en el movimiento.

Levantáronse tambien otras cuatro partidas sin importancia por su pequeñez y por los sitios que recorrian, una en la provincia de Castellon, cuya libre capital intentó pronunciarse aunque en vano el 16, otra en la de Valencia hácia la montaña, otra en la de Alicante en la parte de Pego, y otra en la Mancha alta hácia San Clemente y Belmonte. Los países recorridos por esas partidas permanecieron tranquilos, esperando sin duda, como esperaba el resto de la España liberal, retirada desde años atrás en el Aventino, la presencia del general Prim, que se lo diera todo hecho ó poco menos.

Este continuaba disfrazado en los alrededores de Puigcerdá, en la confianza de que subirian aun cerca de Berga las tres partidas que nunca habian de venir. El 25 llegaron á Perpiñan, procedentes de Marsella, los Sres. Sagasta, Becerra, Ruiz Zorrilla y el que esto escribe, en la idea de entrar en España tras del general, segun acuerdo habido con este, ó á un mismo tiempo, si por acaso no hubiera

él aun entrado á la fecha, y la primera noticia que recibieron no mas poner el pié en la capital del antiguo Rosellon, fué que el general Prim no habia entrado, y lo que es peor, que nada absolutamente se sabia acerca de la venida de las tres partidas. En esta situacion horrible, por lo angustiosa y desesperante, se pasaron cuatro dias cuando el 29 ordenó el general que fuese un comisionado, quien ya habia prestado en medio de grandísimos riesgos otros importantes servicios, á Barcelona y Tarragona en busca de gente que subiese hasta Berga para bajar él á esta poblacion, y despues, tentando la suerte de las armas, ver de restablecer las cosas, que desgraciadamente no se hallaban en buen camino; pero si bien el comisionado no perdió el tiempo y vió á Escoda el 1° de setiembre en Torrellas, tuvo el sentimiento de oir de boca del guerrillero (y esa era la verdad), que ya no tenia mas que 100 hombres de los 700 con que contaba el dia anterior 31: añadióle Escoda que, ya que él no podia subir por lo reducido de su partida, mandaria un propio á Baldrich para que hiciera lo que á él no le era posible hacer con mucho sentimiento de su parte. Aquí está la explicacion de por qué el buen Baldrich, siempre valeroso y dispuesto á arrostrar toda clase de riesgos por la libertad, recibiendo el aviso de Escoda el 2 de setiembre, emprendió la marcha con su gente y la de Targarona hácia Berga

en la idea de recibir al general. ¡Esfuerzos inútiles! El general, noticioso de que casi todas las partidas de Cataluña se habian disuelto, y sabedor ademas de que los generales Pierrad y Contreras habian entrado en Francia, es decir, enterado de que todo estaba ya perdido, habia abandonado la frontera el 1° de setiembre para bajar á Perpiñan, en donde, por convenir así á su situacion, solo fué visto del Sr. Ruiz Zorrilla. El 2 de setiembre, burlando la vigilancia de las autoridades francesas, que ya se habian apercibido de que recorria aquellos sitios, salió el general Prim de Perpiñan acompañado del Sr. Ruiz Zorrilla, yendo aquel directamente á Lyon y este á Marsella, á donde fueron citados los Sres. Becerra, Sagasta y el que esto escribe, los cuales, menos el Sr. Sagasta, que fué detenido por las autoridades de Perpiñan y mas tarde conducido á Bourges, emprendieron tambien el camino de dicha ciudad de Marsella, desde la cual salieron los tres el dia 3 por la noche para Lyon: aquí fué donde por la madrugada del 4 el Sr. Becerra y el que esto escribe vieron al general, á quien no habian visto desde el 20 del mes anterior. El general Prim, lleno de profunda pena, afectado en extremo por el éxito desgraciado del último movimiento, cuyas consecuencias se llorarán durante algun tiempo, despues de decir á los tres que se encaminaba al instante para Ginebra, como así lo verificó, les rogó

que reuniesen á la emigracion existente en Paris y la relataran la historia fiel de todo lo ocurrido mientras que él preparaba un manifiesto acerca del asunto. Así lo cumplieron en una junta habida el 10 de setiembre, de la cual hablaremos mas adelante, porque nos hemos propuesto decir la verdad de todo lo ocurrido hasta en detalles que parecen de poca importancia y suelen tenerla inmensa en el porvenir.

IX

Expectacion lamentable del país durante los sucesos de Agosto. — Frustramiento de los esfuerzos hechos por el partido liberal. — Los partidarios del dios Éxito, los gritadores y los farsantes.

(Y halláronse en aquel dia los ánimos dispuestos de tal manera, que pocos se atrevieron á emprender la maldad, los mas la desearon y todos la consintieron. Tácito. Historias, libro 1°.)

Al revés de lo que decia Tácito describiéndonos con su pluma maestra la muerte del viejo Galba y proclamacion de Oton, « hallábanse en España al comenzar el último movimiento los ánimos dispuestos de tal manera, que todos le deseaban, los mas estaban dispuestos á ayudarle, y pocos se atrevieron á tomar parte en él. » Si alguno tiene otra idea de la situacion de España durante el último mes de agosto, está en un grave error, y si alguno cree que esa situacion ha desaparecido por el resultado funesto del movimiento, está en otro error mas grave. La situacion se ha *perturbado*, pero sigue en pié, porque siguen las causas que la produjeron. Y cuidado que aun cuando ahora los *pocos* han tomado parte, es mas que probable que, si la ocasion se presenta, esos pocos se conviertan en *los mas:*

esto no lo decidirán acaso los hombres, no lo decidirá una combinacion de los revolucionarios; lo decidirá una circunstancia cualquiera. La situacion tristísima en que la España se encuentra, *solamente* puede enmendarse por medio de la revolucion, sea esta pacífica ó sea guerrera, sea la que viene dulcemente desde arriba ó sea la que se impone dolorosamente desde abajo. Reformas, reformas y reformas: sin ellas la España está perdida.

¿Y por qué, hallándose tan predispuesto el país para la revolucion, no llegó esta á realizarse, y lo que se anunciaba que seria un gigante, no alcanzó á ser, proporcionalmente hablando, mas que un pigmeo? ¿Cómo explicar esa espectacion lamentable y funesta del país, que á primera vista le presenta cual un país esclavo, envilecido, digno de las cadenas que le sujetan, acreedor al despotismo despiadado que sobre él pesa? ¿A qué causa ó causas atribuir esa actitud tristísima que le hace contemplar con ojos inquietos y el corazon palpitante, pero con los brazos cruzados y los piés clavados en el suelo la bandera revolucionaria, que tremolan en sus heróicas manos Pierrad, Contreras, Baldrich y otros mil y mil valientes en Cataluña? La voz general atribuye esta especie de fenómeno moral al caudillo Prim. «El general Prim, se dice, no ha entrado; con esto y solo con esto está explicada la espectacion del país.» ¡Ah! Concedamos que esto

sea cierto; pero el pueblo, retirado en el Aventino, ¿no tenia que cumplir sus deberes sin mirar que otro cumpliera ó no los suyos? Esa no es disculpa admisible, no: confiesa ¡oh pueblo! retirado hacia cuatro años en el Aventino, que por la sola circunstancia de no haber bajado de él, estás en el caso de entonar el *Miserere*.

Examinemos ahora detenidamente la cuestion de no haber entrado el general Prim, y examinémosla con toda conciencia, sin pasion y sin miedo á personas ni á partidos.

Nosotros nada sabíamos del plan adoptado para llevar á cabo la revolucion material, que tan desgraciadamente ha concluido, ni teníamos para qué saberlo: habíamos depositado nuestra confianza en hombres leales, y esto nos bastó siempre para seguir la conducta que seguimos: darles nuestro apoyo, pequeño sí, pero sincero y desinteresado. Esto nos ha tenido en situacion libre y desembarazada para pensar de los hombres y de las cosas, así como hoy nos tiene para juzgar de esos hombres y de esas cosas. Presentemos la cuestion en su verdadero terreno.

¿Pudo entrar el general Prim en España para ponerse al frente del movimiento?

NO.

¿Debió entrar?

SÍ.

Y esto que parece un logogrifo, un verdadero contrasentido, una contradiccion flagrante, no lo es ni mucho menos. Calculamos de antemano que alguno calificará de sofística nuestra argumentacion : pues no lo es en verdad, como el lector imparcial y sereno se convencerá con prestarnos solamente un poco de atencion.

Como general en jefe, traido de aquí para allá en alas de su buen deseo, ganoso de acertar, burlado en Valencia, comprometido en la frontera de la manera que hemos visto y engañado en todos sus planes y cálculos de prevision, el general Prim, el vencedor de los Castillejos, el teniente general del ejército español NO PUDO ENTRAR para recorrer 30 ó 40 leguas solo ó con cuatro ó veinte hombres : sus deberes, sus derechos, su posicion, todo le decia muy alto *que no entrase*. Si se pregunta á todos los generales de Europa si, en medio de las condiciones que dejamos expuestas, debió entrar el general Prim, seguros estamos de que no habrá uno siquiera que diga que sí.

Como hombre, como jefe de la revolucion, como caudillo en quien todos, militares y paisanos de dentro y de fuera habian fijado sus esperanzas; de quien todos fiaban ; á quien todos aguardaban; de quien todo, digámoslo así, por cierta organizacion suya dependia para que el ataque fuera mas récio y ventajoso ; que habia en su calidad de director y

por ende responsable lanzado delante de sí al territorio español á mas de 200 bravos oficiales, en su mayor parte condenados á muerte; que veia á estos luchar con heroismo; que habia, en fin, excitado á la nacion á que hiciera un esfuerzo supremo y provocado al gobierno y á la dinastía á un duelo terrible, colosal, inmenso, puede decirse que jamás visto, DEBIÓ ENTRAR, solo ó acompañado, con guias seguros, con 30 ó con 40 hombres, que se pudo proporcionar en la frontera el 22 por la noche, ó si no en todo el dia 23 de agosto, y entrar en la esperanza del triunfo, que probablemente habria proporcionado su sola presencia, ó á recibir si no una muerte gloriosa, de esas que la historia escribe en sus páginas con letras de oro, de esas que los presentes y los futuros lloran y admiran á un tiempo, y honran y deifican, digámoslo así, con admirables monumentos, porque los que las sufrieron se llamaban Bravos, Padillas, Lanuzas, Torrijos y Manzanares.

¿Hacemos aquí un cargo al general Prim porque no ha entrado? no: hacemos pura y simplemente historia, y al hacerla, lícito nos será decir ahora con el adagio latino: *amicus Plato, sed magis amica veritas.*

A otros que hoy se constituyen en jueces inexorables cuando tienen no poca responsabilidad en la catástrofe, que con evidente injusticia se quiere

atribuir sola y exclusivamente al general Prim, es á quienes nosotros tenemos que dirigir cargos y muy severos y concretos por cierto.

¿Qué hizo el pueblo liberal español una vez lanzado en las vias revolucionarias para impedir que viniera esa catástrofe? ¿Por qué antes no dió mas dinero, no hizo mas sacrificios para que la revolucion, arreglándose todo convenientemente, hubiera triunfado? ¿Por qué ahora no salió á la defensa de su dignidad y libertades? ¿No era aun tiempo, al ver la revolucion pujante y amenazadora en el Alto Aragon y Cataluña, de bajar del Aventino? ¿A qué aguardaba? ¿A que Prim (quien entre paréntesis nunca se quiso retirar al Aventino) subiese á sus alturas para hacerle descender con músicas tocando el himno de la victoria? ¡Todas las culpas á uno! ¡Toda la responsabilidad á uno! ¡Todo el pecado á uno! Tienen una inmensa responsabilidad los que, pudiendo hacer, nada hicieron; los que, pudiendo dar, nada dieron; los que, pudiendo contribuir, con nada contribuyeron, ó si lo hicieron fué en contrario sentido, obedeciendo á vituperables pasiones. ¿Hubiera encontrado la frontera el general Prim como la encontró, hubieran faltado algunos guerrilleros como faltaron, se hubieran arreglado ciertas cosas como se arreglaron á no haber escaseado hasta tal extremo los recursos materiales que él, general en jefe, caudillo de la

revolucion, reconocido y acatado por todos, tuv que salir de Bruselas con un poco de dinero *prestado*? ¿No dice nada la entrada del bravo Contreras en Francia con 20 francos, la del valiente Pierrad con 80 y la de mas de cuarenta ó cincuenta oficiales beneméritos á costa de sus relojes vendidos ó empeñados? ¡Oh vergüenza! ¡Pero qué dulce y cómodo es echar la culpa á otro! Pues qué, ¿no hay mas que llamarse patriotas, apellidarse jefes, dar disposiciones, exigir obediencia y ejercer otros actos de jefatura ó supremacía, y no contribuir ni siquiera con un céntimo cuando desahogadamente se puede (porque el que no puede, cumple con no dar nada) ni para la revolucion, ni para los que se mueren de hambre en extranjero suelo, ni para otras cosas á cual mas necesarias y sagradas? Si hay que hacer cargos, si hay derecho y conveniencia para formularlos, en verdad que los hombres, que con nada han contribuido, ni con sus bienes ni personas á la preparacion y desarrollo del último movimiento frustrado, debieran en conciencia dejar esa tarea á los que han expuesto intrépidamente sus vidas y á los que con toda lealtad y decision, teniendo solo ante su vista el bien de la patria y su regeneracion, han empleado todas sus fuerzas, traido su dinero y el de sus amigos y facilitado sus grandes ó pequeñas relaciones para levantar el grande edificio que á la Providencia no plugo se

levantase *ahora*, porque acaso no convenia ni al pueblo oprimido ni á sus opresores, á aquel para que observe y aprenda en la desgracia, á estos para que depongan su soberbia satánica y se inclinen del lado de la justicia, ó sufran en su dia mayores y mas tremendas expiaciones.

Es un hecho tristísimo que, cual en enero y junio, quedaran ahora frustrados los esfuerzos del partido liberal para dotar á su patria de un gobierno digno de ella y al nivel de la altura del siglo. El cómo y cuándo podrá conseguir ese partido su patriótico objeto, que indudablemente se realizará, eso está por hoy reservado á la Providencia.

Consignemos aquí una cosa dando á cada uno lo que es suyo, haciendo justicia á nuestros enemigos, porque siempre nos gustó el hacerla. La conducta del gabinete Narvaez durante la lucha y despues de esta ha sido digna, dignísima en un punto: no ha levantado ni un solo patíbulo, no ha derramado ni una sola gota de sangre, eso que se vertió la de un pariente del duque de Valencia, la del general Manso de Zúñiga. ¡Qué contraste ofrece esta conducta con la conducta del general O'Donnell en junio y julio de 1866! *Suum cuique.*

Cumple ahora á nuestro propósito decir aquí cuatro palabras sobre ciertas gentes que inspiran compasion, si no inspiraran á veces desprecio, y

sobre otras gentes que han causado y causarán, como no se acierte á prescindir totalmente de ellas, numerosos perjuicios á la libertad: hablamos de los partidarios del dios Éxito, que aparecen al dia siguiente de la desgracia, y de los gritadores y farsantes que contribuyen á traerla en más de lo que comunmente se cree.

No digais al partidario del dios Éxito que ocurrió este contratiempo, que medió este engaño, que sobrevino este accidente para impedir que el plan mas bien combinado alcanzase el apetecido triunfo, porque para él no hay otra lógica, ni otra razon, ni otra mira que la que envuelve la fatídica frase siguiente: *¿y por qué no habeis vencido?*

No le digais que por qué en el dia anterior confiaba, y en el otro sonreia, y en el de mas allá alababa cuanto se hacia para preparar lo que, en vez de triunfo, vino á ser catástrofe, porque para él no hay inconsecuencias, ni contradicciones, ni memoria siquiera: no hay mas que el *¿y por qué no habeis vencido?*

El dios Éxito es su divinidad magnífica y predilecta, y como se inspira en sus altares, con ella habla y discurre sola y exclusivamente. Gracias que el partidario del dios Éxito, que estamos describiendo, no se ponga del lado de los vencedores para entonar el *¡ve de victis!* ¡ay de los vencidos!

Pero el partidario del dios Éxito es un sér generalmente inofensivo, al revés que el gritador y el farsante, de quienes los partidos liberales, y sobre todo en la impresionable España, deben librarse mas que de la peste terrible y asoladora.

Hace ya mucho tiempo que conocemos á unos y á otros: sobre los gritadores tenemos dicho en otra obra[1]: *la libertad se conquista generalmente con sangre, y se pierde* SIEMPRE *entre gritos.*

Preguntad lo que han hecho los gritadores; los que siempre hablan mal de los que llaman *suyos* y nunca de los enemigos; los que en alas de su insensata ambicion forman planes extravagantes y descabellados; los que apellidan *santones* á los hombres encanecidos en el servicio de la libertad; los que para el dia del triunfo tienen dispuesta (en la boca) la guillotina, y ademas el hacha, y el puñal, y el rewolver contra los supuestos vendedores y burladores del pueblo; los que quieren sangre á *torrentes*, como ellos dicen; los que piden la anarquía, el mas feroz y repugnante de los despotismos, como remedio heróico, aunque por poco tiempo, contra el despotismo que pesa sobre un país; los que, en fin, no encuentran nada bueno, ni noble, ni patriótico, ni conveniente, ni leal, ni inteligente, ni grande, ni sabio, á no ser lo que á

1. *Dios y el hombre.*

ellos halague y se acomode á sus instintos é inclinaciones; preguntad, repetimos, lo que han hecho en el dia de la batalla: hablar como mujerzuelas, murmurar como viejas, morder por detrás como viles eunucos. Eso y nada mas. Halagad, halagad, pues, á esos matones de café, á esos Brutos de sainete, á esos Catones de farsa, á esos terroristas *extemporáneos*, que *nunca* lograreis de ellos más que estas dos cosas tristísimas y eternamente lamentables: NO HACER NADA EN EL DIA DEL PELIGRO, Y ECHAR Á PERDER LA LIBERTAD CUANDO SE LA HAYAIS CONQUISTADO CON VUESTRA SANGRE Y VUESTROS ESFUERZOS Y SACRIFICIOS.

En cuanto á los farsantes, ¡oh!... Decia el famoso folletista Pablo Luis Currier, *que la Francia de la restauracion era una nacion de lacayos*. Con mayor motivo podíamos decir nosotros que la España de la union liberal y del moderantismo histórico era una nacion de farsantes, y si no tanto, una nacion, en donde, merced al mal gobierno, al régimen de opresion y de resistencia de esas dos parcialidades, la farsa se ha desarrollado en el opuesto campo de una manera grave y pasmosa.

¿Duda alguno de esto? Que eche una mirada sobre los comités progresista y democrático, y vea lo que han hecho en enero, junio y agosto.

¿Por quiénes se arrojan los hombres de bien á empresas, que creen seguras aun cuando peligro-

sas, y luego se encuentran solos ó casi solos en ellas? por los farsantes.

¿Por quiénes los hombres íntegros juzgan que se puede llegar con facilidad á un término dado, y luego se quedan atollados en la mitad del camino? por los farsantes.

¿Por quiénes se miden las fuerzas propias de un modo lisonjero, pero falso, para luego ver por triste experiencia que, cuando se creia uno gigante, se encuentra pigmeo? por los farsantes.

¿Por quiénes se reciben los mas crueles desengaños y las burlas mas sangrientas é inesperadas? por los farsantes.

¿Por quiénes se perturba muchas veces inútilmente el sosiego de las naciones y se vierte en abundancia la sangre de buenos y leales, que nunca debió derramarse? por los farsantes.

¿Por quiénes los planes mejor combinados fracasan en ocasiones y se hunden en el abismo? por los farsantes.

¿Por quiénes casi ha fracasado el último movimiento, segun los datos históricos que dejamos consignados mas arriba? por los farsantes.

Es necesario hablar claro: es preciso desengañarse: ínterin no se entregue al desprecio público á los insensatos ó malvados, que dicen que tienen á su disposicion 200 hombres en Estremadura, 500 en Valencia, 1000 en Zaragoza, 2000 en Despeña-

perros, 5000 en Andalucía, 20 000 en las Alpujarras, etc., etc.; ínterin no se estigmatice y se arrincone á los imbéciles charlatanes, que hablan de miles y miles de hombres, dispuestos á arrostrar los mayores peligros por una idea, cuando esos hombres pueden ser contados por un niño de la escuela, porque no llegan á DIEZ; ínterin las personas sérias y graves no dejen de hablar á los farsantes, esta en definitiva negacion viva de la honradez, no es posible ninguna clase de combinaciones, no es posible ningun plan, no es posible ningun acontecimiento patriótico, no es posible nada noble, ni útil, ni siquiera decente. ¿Es mucho querer que se quiera la verdad? ¿es mucho desear que se desee lo cierto? ¿es mucho pedir que se pida decencia y formalidad? Pues qué, ¿se ha perdido ya el carácter español? ¿hemos de consentir que se pierda los que tanto y tanto nos enorgullecemos con él? ¿hemos llegado ya al lamentable estado de que no sepamos si será *si* cuando se nos diga *si*, ni *no* cuando se nos diga *no*? ¡Vive Dios que hasta este extremo casi hemos llegado en esto de contar nuestras fuerzas y hacer revoluciones, merced á esos entes perjudiciales, á quienes hay que confundir con un desprecio inmenso, con un desden inconmensurable y eterno!

X

Junta tenida en París por la emigracion el 10 de setiembre último. — Manifiesto del general Prim.

En el momento que regresaron á París los señores Ruiz Zorrilla, Becerra y el que esto escribe, cumpliendo el cometido que en Lyon recibieron del general Prim, provocaron una junta de todos los emigrados existentes en París, la cual tuvo efecto bajo la presidencia del Sr. Olózaga el 10 de setiembre. Asistieron á ella, entre otros, los progresistas Sres. Aguirre y Rubio, y los demócratas Sres. Chao, Martos, Baró, etc., acudieron tambien á la cita algunos progresistas y demócratas que habian hecho la última campaña en Cataluña ó en Aragon, como los Sres. Falcó, Ayuso, Camps, etc.

El Sr. Ruiz Zorrilla, por sí y á nombre de los otros dos señores que con él habian recibido el encargo mencionado, hizo una historia clara y sucinta de cuanto habia ocurrido al general desde la hora y punto en que salió de Bruselas hasta el momento mismo en que se despidió de los tres para ir á Ginebra; rogó á la reunion que, cualesquiera que

fuesen las opiniones particulares que sobre el éxito del movimiento se hubieran formado, al escribir á sus amigos de España y del extranjero, lo hiciesen relatando los hechos tales como habian sucedido respecto del viaje de dicho general, y concluyó por decir que, si alguno abrigaba cualquiera duda sobre cualquier punto de los que acababa de mencionar, podia con toda libertad exponerla, porque para esto se celebraba la reunion y juntos estaban él y sus dos amigos y compañeros á desvanecer aquella, máxime en lo tocante á lo que ellos mismos habian presenciado, todo esto sin perjuicio de que, segun noticias y opinion particular suya, el general daria luego un manifiesto para que se juzgase de su conducta, que siempre fué leal, por mas que hubiera venido á coronarla un éxito desgraciado.

Ninguno contradijo en poco ni en mucho al señor Zorrilla, y únicamente el Sr. Chao, á su nombre y al de varios demócratas que mencionó, dijo: «que habia oido las explicaciones dadas sobre el viaje del general Prim por el Sr. Zorrilla, y que sin negar ni contradecir ninguno de los hechos referidos, que él creia ciertos, puesto que se aseguraban por personas de honor, se reservaba su libertad de accion para juzgarlos y para obrar en adelante segun las circunstancias y su conciencia le aconsejasen.» Estaba en su pleno derecho el Sr. Chao diciendo lo

que dijo, y nadie podia negársele ni contradecírsele. La reunion se disolvió sin que se hubiese turbado la serenidad que en ella reinó por esas palabras duras que falsamente dijo un periódico francés haberse allí pronunciado. Harto convencida quedó la reunion de que en el desgraciado acontecimiento de agosto ha podido haber faltas, pero jamás alevosía ni mala fé en el caudillo ni en los principales hombres que le han rodeado.

No se hizo esperar mucho tiempo, despues de celebrada la junta, el manifiesto del general Prim: retirado en Ginebra, allí le imprimió y publicó, y aunque le han reproducido casi todos los periódicos europeos, inclusos los españoles, como documento histórico tambien le insertamos nosotros al final de este trabajo.

No nos incumbe á nosotros juzgar este manifiesto, y no le juzgamos: diremos solamente una cosa: fuimos siempre de parecer que el general Prim diera un manifiesto, por mas que calculamos de antemano que seria juzgado generalmente con severidad, cualquiera que él fuese. ¿Habia entrado en España? no: ¿habia vencido? no: pues faltando esto, aunque el manifiesto hubiera sido redactado por un ángel del cielo, habria sido juzgado severamente. Ya le anunciamos los tres señores á quienes dió el encargo de reunir á la emigracion de París la terrible tempestad que contra sí tenia le-

vantada á la fecha, y apenas acertaba él á vislumbrarla: es que su conciencia estaba libre de toda accion mala. ¿Pero se hallaba en el caso de no publicar su manifiesto? El no hacerlo hubiera sido mil veces peor: su silencio se hubiese interpretado de una manera terrible. Se encontraba en el caso que pinta Ausonio en su *Paulino: nemo silens placuit, multi brevitate loqüendi.* Su situacion pedia á voz en grito el manifiesto, é hizo perfectamente en darle: en casos como el presente solo los traidores rehuyen la publicidad, y el general Prim no es un traidor ni con cien millones de leguas.

XI

Situacion anterior y actual de los partidos liberales. — ¿Qué ha perdido la causa de la revolucion con la catástrofe de agosto?

Si en mas ó en menos era falsa la situacion de los partidos liberales en España antes del último movimiento, hoy (no hay que hacerse ilusiones), es lamentabilísima y tal vez lo sea por algun tiempo: la medida de este solamente la tiene la Providencia, que cuando menos se piensa *confunde á los soberbios y exalta á los humildes.*

En España ve siempre el observador un fenómeno extraordinario: el poder público trabajando por la revolucion, y la revolucion trabajando por la reaccion: ¿quién puede calcular lo que en un dia dado producirá ese extraño fenómeno?

Y la situacion de los partidos liberales no era falsa por carencia de elementos materiales para hacer la revolucion, aun cuando no hubiera tantos como por muchos se predicaba: lo era por la mezcla impura que de buenos y de malos ha habido de continuo; por ciertas gentes que adonde quiera que van llevan por su orgullo insensato é injustificado

la perturbacion y el desconcierto, en vez de la propaganda y la fé; por una gran confianza en cosas que no existian y en otras que no habian de venir, y sobre todo por la inmensa prepotencia que en nuestra patria, como en una gran parte de Europa se da *por todos* al militarismo contra el elemento civil, no solo en los momentos de la lucha, en los cuales debe aquel tenerla, sino antes, en todas ocasiones, por todos conceptos y en toda parte y lugar. ¿Qué sucede con esto? Que se entregan todas las fuerzas, hasta las morales, al brazo militar, y se confia tanto en él que, cuando llega el caso, no se hace nada esperando que él lo haga todo, y si no lo hace, se le maldice, se le maltrata de palabra en el calor de la ira, se le echa la culpa de todo aunque no la tenga, pero nada mas. Al siguiente dia se le considera como en el anterior, personificándole, si el caso lo requiere, en Pedro en lugar de Antonio, y el resultado viene á ser el mismo: la eterna prepotencia del elemento militar sobre el civil, proclamada, reconocida y reverenciada por todos; y cuando decimos por todos, claro es que no negamos alguna excepcion, muy rara por cierto en la regla general.

Tan arraigado está el militarismo entre nosotros, que en muchas ocasiones se le hace hasta irresponsable; se le rodea de una especie de inviolabilidad sagrada, de que el hombre pensador, el filósofo

tiene que avergonzarse y se avergüenza sin duda en sus ratos de ocio y meditacion. Mientras tanto, al hombre civil, no solo no se le perdona nada, sino que se le calumnia vilmente cuando, obedeciendo á los impulsos de su conciencia y haciendo uso de su libre albedrío, de las facultades de su alma y oponiéndose al torrente de lo que puede llamarse *populachería*, siguiendo en esto la conducta de Ciceron (*nihil unquam mihi populare placuit*), dice la verdad con nobleza y valentía. ¿Se quiere un ejemplo de esto? Pues allá va y bien elocuente por cierto. Era el otoño de 1865, y al que esto escribe se le ocurrió, meditando sobre la política de retraimiento, escribir un artículo en su periódico *El Pueblo*, bajo el epígrafe de *Meditemos, meditemos*: envolvia *solamente* un consejo para el partido, á fin de que se fijase en si le convenia ó no seguir retraido. Al siguiente dia de publicado el artículo se retiraron del periódico *cinco* de sus *seis* redactores con el editor responsable á su frente, y García Ruiz, el enemigo político insignificante, pero eterno de O'Donnell, el que mas cruda y constante guerra le hizo en la Asamblea constituyente, el que dijo á ese mismo O'Donnell en una sesion, que ni todo el oro del mundo ni todas las grandezas humanas le harian cambiar *jamás* de sus opiniones, era calificado en todos los círculos patrioteros de Madrid de... *resellado de O'Donnell*!!!

A los dos meses escasos vota el general Prim en el comité progresista contra la política de retraimiento, y NADIE dice una palabra contra el general Prim. Es que este era general, y Garcia Ruiz paisano, abogado y periodista. Y los que hablaban contra García Ruiz eran los que callaban respecto de Prim, y los mismos que se lamentaban y lamentan del predominio del elemento militar sobre el civil son los que con su conducta, con sus hechos, con sus acciones todas, contribuyen á que ese militarismo siga poderoso, casi omnipotente en España. Se trata de un paisano, escritor, sabio, científico, filósofo : no vale nada, no se le reconocen servicios, no se le respetan méritos, no se le cree capaz de algo bueno; se trata de un general; pues se le perdona todo y se le cree capaz de todo ó poco menos. Es que hay en España falta de costumbres públicas, que pueden y valen siempre mas que las leyes; es que hay desconocimiento y olvido mas ó menos grandes de la dignidad humana; es que, en fin, hay allí una gran carencia de educacion política. Estamos aun en época de propaganda, y por cierto que todavía hay larga tarea que desempeñar en ese terreno. Mil veces lo hemos dicho, lo hemos predicado en todos los tonos, y no se nos ha querido oir. Necesitamos la propaganda aun dado el caso que pudiéramos conmover y trastornar la España á nuestro gusto, para despues asegurar la

revolucion, porque no es hacer revolucion efectuar un pronunciamiento; sin propaganda, podemos hacer un pronunciamiento, no una revolucion, y lo que la España necesita es una revolucion *en las cosas* para el bien de todos.

Hay pocos que leen en nuestra patria: comparados con los que leen en el extranjero, en Prusia, Inglaterra, Francia, etc., causa vergüenza el ver los lectores que alcanzan los libros y periódicos españoles, grande y verdadera vergüenza. ¿Cómo no ha de pesar sobre nosotros el militarismo, es decir, la fuerza, si no hay ilustracion, si no se lee, si no se da el debido tributo á la inteligencia, para que la razon sea la que domine? ¿Cómo la situacion de los partidos liberales ha de ser poderosa hasta el extremo de imponerse á los malos gobiernos si no tienen tras de sí la opinion de las masas (con las que tanto ruido hacen los patrioteros) que son casi indiferentes? ¿Cómo se han de encontrar elementos fuertes y propios para el dia de la batalla, si no existen por la falta de educacion hombres que les proporcionen?-Demasiados elementos se han reunido en junio y en agosto, mil veces mas que los que del estado de los partidos liberales podian esperarse: ¿quereis saber por qué? Ya está expuesta la razon al comienzo de este capítulo: *porque el poder público es allí tan insensato que trabaja continuamente por la revolucion.*

Si nosotros no hemos sabido aprovecharnos de ese trabajo, culpémonos á nosotros mismos ó culpemos á nuestra mala estrella; pero no digamos que tenemos una potencia mayor que la que realmente nos pertenece. Somos fuertes por el derecho, por la justicia de nuestra causa. ¡Ojalá lo fuéramos tanto por el número! Por creernos aquí mas fuertes que lo que en realidad somos, hemos sufrido tantos y tan tremendos desengaños. Propaganda, propaganda y siempre propaganda, es decir, ilustracion que, al propio tiempo que haga comprender al hombre sus derechos y sus deberes, le impulse en el dia dado á defender aquellos en toda clase de terrenos.

Y hoy, es decir, en los momentos presentes es lamentabilísima la situacion de los partidos liberales, porque, sobre la gran desgracia sufrida y como consecuencia indeclinable de ella, ha venido el mas grande desconcierto y con tantas y tantas miserias, con tantos y tantos horrores, con tanta y tan verdadera podredumbre, que es preciso apartar la vista con indignacion y el estómago con asco del cuadro repugnante que ofrece. Recriminaciones innumerables, insultos enormes, acusaciones terribles, desconfianzas atroces, desconocimiento injusto de servicios, denegacion envidiosa de valer y de virtudes, todo lo que constituye un verdadero infierno, coronado para aparecer mas espantoso

por la miseria, que se ve de cerca en la emigracion y en el país, se ha manifestado en medio de la España liberal, y para que nada falte, aquí y allá salen á relucir, debidos á cabezas vacías y á vanidades enormes, planes tan insensatos que causarian risa, si no estuviéramos en época de inmenso llanto. Y es casi natural que todo esto suceda: á nosotros al menos no nos ha cogido de sorpresa : cuando viene una gran catástrofe, es consiguiente que se busque al culpante de ella, y si esto produce necesariamente perturbaciones y disgustos, ¿qué será cuando los culpantes, ya por un estilo, ya por otro, son muchos y no se quieren reconocer tales, procurando cada cual aparecer incólume y echar la carga á su vecino?

Vendrá la reaccion que aquietará paulatinamente los espíritus; la calma sucederá á la exaltacion; se hará, en fin, la luz y con ella se dará á cada uno lo que sea suyo, volviendo las cosas á su cáuce natural. Pero mientras ese dia llega, la impotencia de los partidos liberales y mas la de la parte de ellos que se encuentra en la emigracion, no puede ponerse en duda por ninguna persona sensata. ¿A qué es el engañar á nadie y engañarnos á nosotros mismos? El que otra cosa diga, ó no la siente, ó es un insensato; y la insensatez ú otra cosa, que seria peor, no las patrocinan ni patrocinarlas pueden los patriotas cuerdos y sinceros, porque estos no

favorecen jamás lo que pueda producir sin necesidad luto á las familias y desgracias á su país. Hemos perdido una batalla, y necesitamos reponernos; hemos sido heridos y necesitamos curarnos; hemos desparramado por los suelos nuestros elementos, y es preciso recoger los extraviados y reemplazar con nuevos, si es posible, los que se perdieron para siempre. Y despues que esto suceda, veremos lo que hace el enemigo, que de seguro nos observará, y nuestra conducta para este ó para el otro terreno nos la dictarán las circunstancias, que pueden siempre mas que los hombres.

Por esto, pues, no hay que desmayar; todo lo contrario: para que el espíritu se conserve siempre fuerte y animoso, acordémonos del general NO IMPORTA, no para hacer de él un eterno insensato, sino para templar nuestras almas, animar nuestros corazones y proseguir infatigables nuestra tarea de defender la libertad de la manera que pueda y deba defenderse, no perdiendo de vista que los impulsos de la desesperacion, el atolondramiento, la farsa y la mentira, lejos de dar progreso á los pueblos, les hacen retroceder, y lejos de proporcionarles, en el terreno material, la anhelada victoria, les traen irremisiblemente inmensas catástrofes.

Porque es preciso sentar una cosa, que envuelve una verdad eterna. A pesar del golpe que los partidos liberales han sufrido con el aborto del movi-

miento de agosto, y á pesar del estado en que por ese golpe se encuentran, estado que nosotros á fuer de leales y patriotas acabamos de pintar, convencidos de que el hacer lo contrario seria engañar al país y engañarnos á nosotros mismos, la pérdida, la verdadera pérdida que en definitiva ha sufrido la causa de la revolucion ha sido *de tiempo*, que significa algo para los contemporáneos, nada para los futuros, algo para los presentes, nada para la vida de un pueblo. Siendo inmortal, como es, la causa de la libertad, que se asienta y progresa, ya fácil, ya trabajosamente, por los esfuerzos de la revolucion, esto es, del espíritu reformista de la humanidad, ¿ se puede dudar de ella? De ninguna manera. Las derrotas que sufre en un punto dado no son sino paréntesis mas ó menos largos y dolorosos, altos mas ó menos duraderos para descansar, que no significan otra cosa que esa *pérdida de tiempo* angustiosa y cruel, sí, pero nunca tanto ni con mucho que venga á quitar el aliento á nadie, el valor á nadie, la esperanza á nadie.

El que por efecto de lo sucedido y de lo que en la actualidad le rodea, desconfie de la causa de la libertad, y el que en contrario campo se ensoberbezca por el golpe que han recibido sus adversarios, no tienen mas que fijarse en Méjico, el primero para animarse y el segundo para desconfiar de los favores inconstantes de la fortuna y de la fuerza ficticia

del despotismo. ¿Quién no creia hace dos ó tres años casi perdida para siempre en nuestra antigua colonia la causa de la libertad y asegurado el imperio del infeliz Maximiliano? ¿Quién no creia hundida para siempre la república, que Juarez, el simple abogado indio, se habia llevado consigo á los confines del Norte de la Nueva España, sin tener en su derredor ciudades que la apoyaran, ejércitos que la defendieran ni tesoros que la salvaran? Y sin embargo ¡lo que es el poder de la libertad! Juarez se sienta hoy en la silla presidencial de la república, y esta es acatada en todo el territorio mejicano, que no pisa ningun extranjero armado, ni deshonra, con su brutal dominacion, ningun enemigo interior.

Y á la vista de este ejemplo elocuente, ¿hemos de desconfiar los patriotas españoles de la causa de la libertad? ¿No tiene la España muchísima mas virilidad que Méjico? ¿No hay en la antigua metrópoli mas espíritu público, mas ilustracion y mas fortaleza para reconquistar la libertad que en la antigua colonia? Ni aun á nuestros mas ciegos y encarnizados enemigos de dentro y de afuera los creemos capaces de poner á la España bajo el nivel de Méjico en su amor á la libertad y en su virilidad para reconquistarla. Pero si lo fueran, tanto peor para ellos, porque esto significaria que desconocian completamente la historia contemporánea, que pre-

senta á la España liberal luchando por su regeneracion con mas brio y constancia que *ninguna* otra nacion del mundo. Por otra parte, los liberales españoles haremos ver, obrando con la prudencia y cordura necesarias, que somos dignos de la libertad, la que al fin obtendremos, sea por las vias pacíficas, si se nos abren, ó sea por las revolucionarias, si aquellas se nos cierran.

XII

¿Tras de qué vamos los revolucionarios españoles? — ¿Qué necesita el pueblo español y qué es indispensable de todo punto el darle?

¿Somos los revolucionarios españoles unos criminales, que marchamos al acaso, sin rumbo fijo, presa del despecho, la cólera en el corazon y con el ánimo resuelto de perturbar el país y tenerle en una ansiedad eterna, despues de llenarle de sangre y ruinas, ó somos unos insensatos que nos hemos propuesto hacer necio y cruento alarde de nuestras fuerzas, para que la desgracia sea el patrimonio nuestro, de nuestros hijos, de nuestras familias y de nuestros conciudadanos? No y mil veces no. Lanzados por los malos gobiernos en las vias de la fuerza, porque á la fuerza y no á la razon nos han tenido constantemente sometidos, nosotros vamos, como Spartaco, á romper las cadenas que nos oprimen y deshonran; vamos como han ido los ingleses en el siglo XVII, los franceses en el XVIII, en el presente los italianos en diferentes épocas, y los húngaros en 1849, y como fueron en el siglo XVI

nuestros abuelos llamados los comuneros, de eterna y gloriosísima emoria: nuestro viaje es doloroso y terrible, pero se nos obliga forzosamente á hacerle: somos peregrinos, que marchamos por caminos llenos de espinas y de cambroneras al lugar de nuestro destino; somos desheredados que vamos tras de la tierra prometida; somos hombres que vamos tras la libertad augusta, que nos pertenece, porque es inseparable de nuestro ser, porque nos la concedió Dios al crearnos, y nos la tienen arrebatada hombres insensatos, que prefieren su bienestar al bienestar de la patria, su interés al interés de la patria, su ambicion ruin de mando á la gloria, prosperidad y grandeza de la patria.

Nosotros queremos la regeneracion de esta, comenzada por nuestros padres en Cádiz, proseguida en 23, llevada á un alto grado por nuestros valientes de la guerra civil y detenida, ya abierta, ya hipócritamente, pero siempre sin justicia, por casi todos los gobiernos que se han sucedido desde el 43 á la fecha, incluso el del bienio, el menos malo de todos.

Nosotros queremos la revolucion en las cosas, no en las personas; lo que engrandezca é ilustre á la patria, no lo que la empequeñezca y la deshonre; no sangre, que solo piden los bárbaros, sino libertad y seguridad personal; no horrores, que solo demandan las almas ruines, sino justicia, reparaciones y reformas, que aseguren la paz y abriendo

las mil cerradas fuentes de la pública riqueza, lleven el bienestar al seno de todas las familias.

¿Hay algun revolucionario que quiera otra cosa? Ese no ha comprendido su papel; ese está por equivocacion ó por cálculo en nuestro campo; ese debe marcharse de él, porque por el opuesto camino, por las sendas de la iniquidad y de la injusticia, jamás se llega al reinado de la libertad.

Y tampoco caben en ese campo, á causa de los perjuicios que ocasionan, los hombres dominados por ambiciones desordenadas, sin títulos para tenerlas; los que no respetan méritos ni servicios en ciudadanos que han encanecido defendiendo constantemente la libertad; los que, en fin, por la envidia, la ruindad, la calumnia y otras bajas pasiones llevan la perturbacion, el hastío y el desaliento á los corazones mas entusiastas y generosos.

Bien sabemos que el campo de la política no es un campo de moralidad, pero sabemos tambien que sin abnegacion y sin las principales virtudes del ciudadano no se puede fundar nada grande ni duradero: podrá destruirse, pero no edificarse; podrán producirse convulsiones dolorosas, pero no revoluciones benéficas.

Y lo que España necesita es una revolucion, no motines; un cambio completo de sistema, no un pronunciamiento infecundo.

Y es esto tan evidente que, quede ó no quede en

pié, á virtud de los acontecimientos futuros é imprevistos, la dinastía borbónica; venga ó no venga una revolucion material que dé á la España otra dinastía ó la constituya en república, lo que necesita, lo que imperiosamente reclama, lo que sin remedio hay que proporcionar á nuestro pobre país, si no se quiere que siga siendo el ludibrio de todas las naciones cultas, para al fin caer en la atonía y en la muerte, es lo siguiente:

Ante todo *la libertad de cultos*. Hay que abordar ya de frente esta cuestion, que solo asusta á los ignorantes y á las mujeres; hay que predicar su bondad en todos los tonos y hacerla comprender á todo el mundo; es necesario demostrar al mismo clero que con ella será mas ilustrado, mas probo y mas digno de respeto; que el estado de nuestra poblacion, mermada horriblemente por la expulsion de moros y judíos, la reclama; que nuestro comercio, nuestra industria y nuestra agricultura la piden á voz en grito, porque ella nos proporcionará capitales, brazos y mil y mil elementos de produccion; que en todo el mundo con inclusion de la misma Roma, hay esa libertad; que la religion es un asunto entre el hombre y Dios, que como tal debe dejarse á la conciencia de cada uno, que cumple con no ofender las leyes generales del país, y que, en fin, la España es la tierra clásica de la tolerancia, segun su historia, sus leyes, sus fueros y sus

monumentos, porque entre moros y judíos vivieron un San Fernando, un Cid y un Alonso VIII, y al lado de la magnífica catedral gótica de Toledo se ven aun erguidas y resplandecientes de bellezas, que recuerdan nuestros mejores tiempos acaso, la mezquita moruna y la sinagoga de los judíos, como en Granada se admira al lado de las viejas iglesias de los cristianos la orgullosa Alhambra con sus magníficos oratorios musulmanes.

He oido á algunos extranjeros y no de la ínfima clase del pueblo por cierto, que temen ir á España porque creen que aun tenemos la inquisicion. ¡Qué vergüenza y qué dolor! Y que se dicen esta y otras cosas por el estilo de nosotros lo saben los que mandan; y los que mandan, eso que son eminentemente reaccionarios, no se asustan de la libertad de cultos, porque saben que sobre ser justa y conveniente, habia de proporcionar al país bienes sin fin. Si no la ponen en planta, es porque ven obstáculos insuperables, no de parte del pueblo, sino de parte de palacio.

No cedamos los liberales ni en un ápice en esta cuestion, la mas capital hoy para la España. ¡Ah qué lástima que se perdiera, y que se perdiera como se perdió en la Asamblea constituyente de 1855! ¡Y qué vergüenza para los que llamándose liberales (reaccionarios de primer grado deberian apellidarse), trabajaron para que triunfase la into-

lerancia en aquel año memorable! En la votacion contra la libertad de cultos iba envuelta la pérdida de todas las libertades, que vino al año siguiente. ¿Hubiera tenido razon de ser el despotismo repugnante que ha trabajado á la España en los últimos once años sin la intolerancia? no y mil veces no.

Recuerdo con dolor profundo el resultado de aquella célebre votacion. ¡CIENTO Y UN VOTOS CONTRA CIENTO Y TRES! Por dos votos se perdió la mas preciosa de las libertades! Yo dí el mio como diputado en el de los ciento y uno; es el voto que emití con mayor gusto y con mas plena conciencia, eso que un obispo me rogó á nombre de mi madre que no le diera. ¿A qué resorte obedecerian los que, llamándose á boca llena liberales y progresistas, dieron el suyo en contra? Al de la hipocresía ó al del fanatismo : que escojan. De todos modos los que de intolerantes se precian y como intolerantes votan no son sino partidarios de la política de Torquemada y Felipe II.

Es preciso tambien reconocer en todo ciudadano *el derecho de emitir libremente sus ideas por medio de la imprenta sin leyes que vengan á reglamentarla, es decir, á destruirla*: la basta á la sociedad y les basta á los particulares que se castiguen la injuria y la calumnia, como se castigan por el código cuando se cometen de palabra ó por escrito. Sin una absoluta libertad de la prensa, no puede haber ilus-

tracion, y sin ilustracion los pueblos son esclavos y miserables.

Es preciso proclamar el sufragio universal directo, y garantizar su libérrima emision para toda clase de elecciones, porque es un derecho que corresponde al hombre como inherente á su naturaleza y no hay razon en el mundo para que, en lugar de la antigua aristocracia de sangre, llena de privilegios, se establezca hoy en las modernas sociedades el privilegio del dinero con violacion manifiesta de la justicia y con desdoro de la dignidad humana. Se concibe el gobierno absoluto en donde nadie tiene voto para nada, pero lo que no se puede concebir en el terreno de la razon es que se conceda ese voto al rico y se niegue al pobre.

Es preciso abolir las quintas, este tributo odioso y hasta no mas injusto, á fin de que sea soldado solamente el que tenga voluntad de serlo, aquel á quien su vocacion le lleve por ese camino. Reformando la ordenanza, dotando convenientemente al soldado y presentándole ante su vista un regular porvenir, lo cual en definitiva vendria á recaer sobre los ricos, la nacion tendrá suficientes soldados voluntarios, como hoy tiene oficiales, para defenderla contra el extranjero y sostener interiormente el órden público.

Es preciso *vender todos los bienes que en España y América pertenecen á la nacion, absolutamente todos,*

y muy especialmente y en primer término *la parte del patrimonio real* que forma esa cintura de hierro que rodea y ahoga á Madrid, haciendo de esta poblacion un lugar real, en vez de ser una ciudad industriosa y bella, á saber: la Casa de Campo, la Florida, parte del Retiro no quedando nada reservado, San Fernando, y una gran parte del Pardo y del Escorial. Que los alrededores de Madrid sean, al propio tiempo que bellos, un foco de produccion, en vez de ser como hoy son una carga para la corona.

Es *preciso establecer inmediatamente el juicio por jurados, única garantía segura para la recta administracion de justicia.* Sin el juicio por jurados no puede haber tribunales que resistan á la grande y perniciosa influencia del poder público.

Es preciso *vender las minas del Estado con excepcion de muy pocas ó ninguna.*

Es preciso tambien *equiparar en derechos de todas clases* á nuestras colonias americanas ó dotarlas caso contrario de un sistema de gobierno parecido al del Canadá, si nò queremos perderlas, y abordar al propio tiempo con prudencia exquisita la cuestion de la esclavitud, este padron de ignominia para la España, porque ya es sola en el mundo culto á mantener esclavos en sus dominios.

Y al propio tiempo que con una mano se proporcionen recursos, con otra se empleen en canales, que den vida á la agricultura; en puertos, que ha-

gan florecer nuestro comercio, y en una inmensa red de caminos de todas clases, que impidan la muerte de nuestros ferro-carriles, por los cuales ¡oh dolor! pasan al dia cuatro ó cinco trenes de todas clases, cuando por los de Francia, Inglaterra, Bélgica y demas paises cultos de Europa, cruzan ciento, ciento cincuenta y, como sucede en el de París á Bruselas, por Saint-Denis, hasta ciento ochenta y dos diarios!!!

Si no se hace en nuestra patria todo cuanto dejamos apuntado, para desarrollar su prosperidad, es *porque no se quiere*.

Bien preveo que algunas de las reformas que propongo y que han de plantearse irremisiblemente en España, por ejemplo la de la libertad de cultos, han de soliviantar los ánimos de los neocatólicos y de algunos moderados hipócritas, pero yo apelo á la conciencia serena de esos mismos hombres para que se fijen en la situacion horrible por que está pasando el país, en su historia y en su porvenir, y seguro estoy que me harán justicia, aun cuando sus intereses particulares les lleven á decir en público otra cosa.

Y despues yo apelo á todos los banqueros, á todos los hombres de negocios, á todos los grandes industriales, y á todos los hombres pensadores del moderantismo, para que me digan si se pueden abrir las fuentes de la riqueza pública de España,

hoy herméticamente cerradas, sin adoptar esas medidas salvadoras. Seguro estoy que no habrá uno que no opine conmigo, como de veras quiera la ventura de la patria.

Por lo que toca á los liberalesque, como yo, no pueden menos de desear esas medidas, que son el remedio único á los males de nuestro país, no me cansaré de decirles que tengan valor para sostenerlas y valor para ayudar á plantearlas en el dia que infaliblemente vendrá.

La situacion presente de la España es insostenible; el estado actual de cosas en nuestra patria no puede ser duradero, porque nada hay tiránico que lo sea, porque la injusticia no ha logràdo jamás erigirse en sistema, y porque la abyeccion y la pobreza no pueden ocupar hoy en ningun pueblo del mundo civilizado el lugar que corresponde á la dignidad del hombre y el deseo instintivo en este de mejorar las condiciones materiales de su vida.

Y no solo es insostenible la situacion de España, sino que es altamente funesta para la Europa. Todas las naciones son solidarias por el comercio en cuanto á intereses, y anulado casi el de España, se resiente necesariamente el de los otros países, máxime teniendo como tienen empleados sus capitales en ferro-carriles y en otras mil empresas; y es, sobre perjudicial, dolorosísimo para ellos el ver á nuestra patria, que por su cielo y terreno debia ser

la mas rica del antiguo mundo, entregada á ese flujo y reflujo de motines y golpes de Estado, de revoluciones materiales y de reacciones estúpidas y feroces, de perturbaciones eternas, casi incesantes, y de dictaduras sangrientas y bárbaras que la presentan empobrecida y desacreditada á los ojos del mundo civilizado.

¡Oh! Semejante estado de cosas no puede seguir, es preciso que cese, es indispensable que desaparezca pronto, muy pronto, dentro de un término el mas breve posible, y desaparecerá, sea como quiera, por conviccion ó por necesidad, por bien ó por mal, por la paz ó por la guerra.

¿Se cree victorioso el poder público en España por haber triunfado dos, tres ó cuatro veces en el terreno material? ¡qué error mas craso! Esos triunfos le son mas fatales que le fueron á Pirro los alcanzados sobre los romanos. ¿Pues no le dice esto bien alto la situacion verdaderamente espantosa del país? El pueblo protesta contra la tiranía; se levanta aquí y se está quieto allá; pierde una batalla, y otra y otra, porque no tiene armas, dinero, buena direccion ó por otra causa cualquiera; paga la pena de su debilidad, de su cobardía momentánea ó de lo que pudiéramos llamar su mala estrella: se le amarra, se le deshonra, se le carga de cadenas: ya está reducido á la impotencia, completamente anulado... ¿no es verdad? ¡Qué insensa-

tez! Habreis triunfado de él *materialmente*, porque el ejército es vuestro, pero no *moralmente*, porque el ejército no es la nacion. ¿Pues no veis á ese pueblo vivo, potente y amenazador en su protesta hasta no mas elocuente, en esa protesta terrible que formula á las claras y sin que por ella podais castigarle, por medio de su triste estado, de su fatal paralizacion, de su lamentable y aterradora pobreza?

Por otra parte: ¿quereis mandar sobre un pueblo pobre y envilecido? Esto no lo quiso jamás ningun tirano, ni aun el mismo Neron: pudo soñar con ello Calígula, pero Calígula era un insensato. Se comprende el gobierno de la Rusia: despotiza, pero hace florecer las artes, la agricultura y el comercio, y entra paulatinamente en las vias del progreso. Ved el espíritu del siglo, incontrastable, todo poderoso: fijaos en lo que hace por todas partes. La Prusia gubernamental victoriosa se *liberaliza*; el Austria derrotada, se *liberaliza* tambien; la Turquía decadente se inclina á *la libertad* para regenerarse, como hacen el Egipto y Túnez, y la Italia se hace nacion liberalizándose. ¿Y no se ha de liberalizar la España? Pues qué: ¿está dejada de la mano de Dios? ¿Está condenada á perpétua y repugnante servidumbre?

¡Ah! no: no hay que pensar de esta manera: la libertad vendrá á iluminar sus horizontes: si hoy

se ven estos cubiertos de negras nubes, ya aparecerá pronto un sol esplendoroso que las disipe y confunda.

Post nubila Fhebus.

Siempre viene la calma despues de la tempestad. ¡Que esto anime y fortalezca á los liberales españoles de dentro y de afuera!

MANIFIESTO DEL GENERAL PRIM.

Cuando los partidos políticos se encuentran en una situacion parecida á la que los liberales españoles atraviesan en estos momentos, deber es del que ha merecido su confianza, durante tres años, decirles lo que piensa y lo que siente sobre los sucesos que acaban de ocurrir. Si hubiera podido tomar parte en el combate y hubiéramos sido vencidos, os hubiera dicho, al pisar el suelo extranjero, lo que dije á los valientes regimientos de Bailen y Calatrava cuando entré con ellos en Portugal. Si hubiérais sabido de antemano que no habia de conduciros á la batalla, como lo sabian en junio los valientes artilleros y el bizarro pueblo de Madrid, me hubiera concretado á escribiros particularmente, como lo hice entonces, manifestando mi admiracion por tanto heroismo desplegado, mi sentimiento por tanta generosa sangre vertida. Mi situacion de hoy

es tan diferente como distinta era la vuestra de la de aquellos, teniendo que combatir sin armas y sin recursos contra todas las fuerzas del gobierno, que debieron haberse dividido para acudir á otros puntos, donde la cobardía y el egoismo han hecho estériles nuestros esfuerzos.

No esperen los enemigos de la libertad que yo haya de seguir en estos momentos una conducta distinta de la que he seguido anteriormente, cuando acabo de verme defraudado en mis esperanzas, engañado en mis cálculos, vencido una vez mas. Ni las calumnias de que mis compañeros habian abierto las puertas de los presidios, ni la imperdonable injuria de habia pactado con el extranjero para venderles la isla de Cuba, ni la falsa aseveracion de que los regimientos sublevados se habian vendido á un oro que nunca hemos tenido, pudieron alterar mi tranquilidad ni debilitar mi ánimo; ni hoy lo conseguirán tampoco los diversos juicios que, con distintos móviles, se hacen en la prensa española, y se reproducen ó comentan en la que, en el extranjero, está siempre á las órdenes de la reaccion de nuestro país.

No diré una palabra mas que las que crea que convienen á las circunstancias. No citaré mas hechos que los que convengan al porvenir del partido liberal. No pronunciaré un solo nombre de los que han tenido la culpa de que hoy, como otras veces, no se hayan cambiado los destinos de nuestra desgraciada patria. Algun dia se escribirá la historia de estos tres últimos años. Algun dia la publicarán la prensa y la tribuna españolas ; y entonces verá la nacion, y entonces conocerá el mundo los gene-

rosos móviles que impulsaron mi conducta, los inmensos sacrificios que, en union de un corto número de amigos, he tenido que hacer, la seguridad con que debia contar, dentro de los cálculos humanos, en todos los movimientos que he querido llevar á cabo. Entonces conocerá la Europa los indignos medios á que se ha acudido para vencernos. Entonces sabrá la España los nombres de los egoistas que han neutralizado nuestros esfuerzos, los nombres de los desertores que han abandonado á sus compañeros, los nombres de los cobardes que han faltado, en los momentos supremos, á sus compromisos. Me basta hoy consignar mi admiracion á los valientes que han hecho esfuerzos heróicos por conquistar la libertad de su patria. Me basta manifestar mi sentimiento, mi profunda pena, por no haber podido tomar parte en el último combate.

No me importa que crean mis enemigos que me ha abandonado el valor que he desplegado en toda mi vida militar, la paciencia de que he dado pruebas en mi larga carrera política, ni la resolucion revolucionaria que procuré tener en Valencia y Pamplona primero, en Aranjuez y Villarejo despues. Lo que hice en Castillejos por la patria, lo hubiera hecho en Cataluña por la libertad. Lo que hice en Méjico por salvar la honra de España, lo hubiera repetido en Madrid por levantarla del estado de postracion y abatimiento en que se encuentra.

No tengo yo la culpa de que habiendo salido el dia 7 de Bruselas, estando fijado el del movimiento para el 15, y habiendo atravesado la Francia para embarcarme en uno de sus puertos, y tocado en las costas de Africa, y estado á las puertas de una de

nuestras mas importantes ciudades, durante cuarenta y ocho horas, faltaran á su palabra los hombres del ejército comprometidos, suficientes en número y colocados en posicion para haber decidido del movimiento en el resto de España. No tengo yo la culpa de que habiendo tenido que retroceder á Marsella el dia 20, y habiendo llegado á la frontera catalana el 22, me encontrara con las fuerzas del Gobierno en vez de hallar las que allí me tenian que esperar. No tengo yo la culpa de que á los amigos del campo de Tarragona, Barcelona y Lérida les fuera imposible subir á buscarme, como teníamos convenido, en la hipótesis de que pudiera suceder lo que sucedió. No tengo yo la culpa de que, á pesar de mis esfuerzos y los de los dignos amigos que me acompañaron, durante doce dias (hasta el 4 de setiembre), no nos fuera posible hacernos con un pequeño número de hombres que pudieran acompañarnos para intentar nuestra reunion con los valientes de Barcelona y Tarragona, atravesando las cuarenta leguas de distancia que nos separaban de ellos. Quede consignado esto para honra de los que, entrando en España, se encontraron con que lo prometido en las provincias de Gerona y Lérida no se cumpliera. Quede consignado esto para gloria de los valientes á quienes hubiera agradado mas salir á buscar á su general, que resistir á las numerosísimas fuerzas que los acosaban. Quede consignado tambien para vergüenza de los militares que faltaron á su palabra, para oprobio de los hombres que prometieron en la frontera lo que luego no cumplieron.

No tengo necesidad de decir que mi salida de

Bruselas fué acordada con mis amigos mas íntimos, y con ellos se acordó tambien la eleccion del punto á donde debia dirigirme. No tengo que decir que estaba bien combinado el modo de entrar en Cataluña. No tengo que añadir que durante el tiempo que estuve esperando en la frontera, no omitieron mis amigos medio alguno, ni escasearon sacrificio para buscar la manera de pisar el territorio español. No nos retiramos de la vista de nuestra patria hasta que vimos que habia disminuido el número de tal modo que era imposible la doble combinacion; de entretener las fuerzas que perseguian y facilitar la entrada de los que esperábamos.

Falta todavía algo que añadir á esta ligera reseña. Los sacrificios que he tenido que hacer, los disfraces á que he debido acudir, los medios que he tenido que emplear para burlar la vigilancia del Gobierno español primero, y la francesa despues, débenseles á los dignos amigos que han compartido mis esperanzas y mis penas. El partido liberal los conoce y yo me complazco en manifestarles, una vez mas, mi gratitud y mi cariño.

Nunca hubiera descendido á dar estas sencillas explicaciones, si no lo hubieran exigido los que han estado á mi lado desde que empezó el último período revolucionario en nuestro país. A la injuria hubiera contestado, como siempre, con el desden; á la mentira con el tiempo, y á la calumnia con el desprecio. Querian los catalanes que hablara, porque no pueden tolerar que se ofenda al paisano. Querian que hablara los aragoneses, que no sufren con paciencia que se insulte al liberal. Querian que contara lo sucedido los emigrados todos, los bue-

nos liberales, que no quieren que se injurie sin motivo y se discuta sin datos al amigo, al general y al hombre político.

¡Ah! ¡si supieran amigos y enemigos las penas y los sinsabores que he sufrido, las humillaciones por que he pasado durante los dias en que mis paisanos y mis amigos han estado combatiendo! Nunca se borrará de mi alma el recuerdo de este cortísimo período que tantas amarguras me ha hecho devorar y que tanto ha hecho sufrir á los amigos que me acompañaban.

Nada tengo que decir sobre mi situacion para el porvenir. Mientras siga mereciendo la confianza del gran partido liberal español, y de ello he recibido y estoy recibiendo hoy repetidas pruebas, seguiré consagrando mis esfuerzos, dedicando mis desvelos, haciendo todo género de sacrificios para alcanzar el triunfo de la libertad, que es el sueño de toda mi vida. Mi fortuna, mi espada, mi inteligencia, todo lo que soy y todo lo que valga, estarán al servicio de nuestra causa.

No sé lo que el porvenir tiene reservado á nuestra patria. No sé el rumbo que tomarán, despues de los últimos sucesos, las cosas y las personas que allí se disputan los honores de la vida política. No sé tampoco si los últimos acontecimientos y la parte que cada uno de los hombres importantes del partido liberal ha tomado en ellos, podrán modificar la situacion y llevarla á otro terreno. Suceda lo que quiera, tome cada uno la actitud que crea conveniente, yo me encontraré donde se encuentre la mayoría de los partidos liberales. Yo estaré al lado de aquellos á quienes no ha afligido la persecucion,

ni ha entibiado la derrota, ni ha abatido la desgracia, para combatir en el terreno que nuestros enemigos presenten la batalla, para luchar donde quiera que la idea liberal lo exija, para pelear hasta que nuestra patria tenga el gobierno que se merece.

Si hay liberales que crean que España puede vivir sin gobierno constitucional, los compadezco. Si los hay á quienes guia el ódio y las malas pasiones en la continuacion de la obra comenzada, los olvido. Si los hubiera que quisieran sobreponer su voluntad á la del gran partido liberal, los combatiré con todas mis fuerzas.

Nada sin el partido liberal. Todo con él. Y cualquiera que sea el sacrificio que yo tenga que hacer, cuenten con él de antemano los que saben que no me anima otro deseo, ni me mueve otra ambicion que la de ver á nuestra patria respetada en el extranjero y libre y floreciente en el interior.

Si esto lo consiguen hombres que no estén afiliados á nuestro partido, admiraré y aplaudiré su obra. Si lo consigue alguno de los liberales sin necesidad de mis débiles esfuerzos, le ayudaré á consolidarla. Si lo consiguen los partidos liberales unidos me retiraré á la vida privada cuando vea la obra concluida y asegurada.

No me hubiera colocado en situacion revolucionaria si los clamores de la opinion pública hubieran sido escuchados en España; y ni un solo dia abandonaré esta actitud, mientras los gobiernos españoles sigan siendo los verdugos de su patria y el escándalo de la civilizada Europa.

Ginebra 25 de setiembre de 1867. — Juan Prim.

FIN.

INDICE

Imprenta general de Ch. Lahure, calle de Fleurus, 9.





Digitized by Google




LIOTECA DE CATALUNYA
Digitized by Google
1001934508

